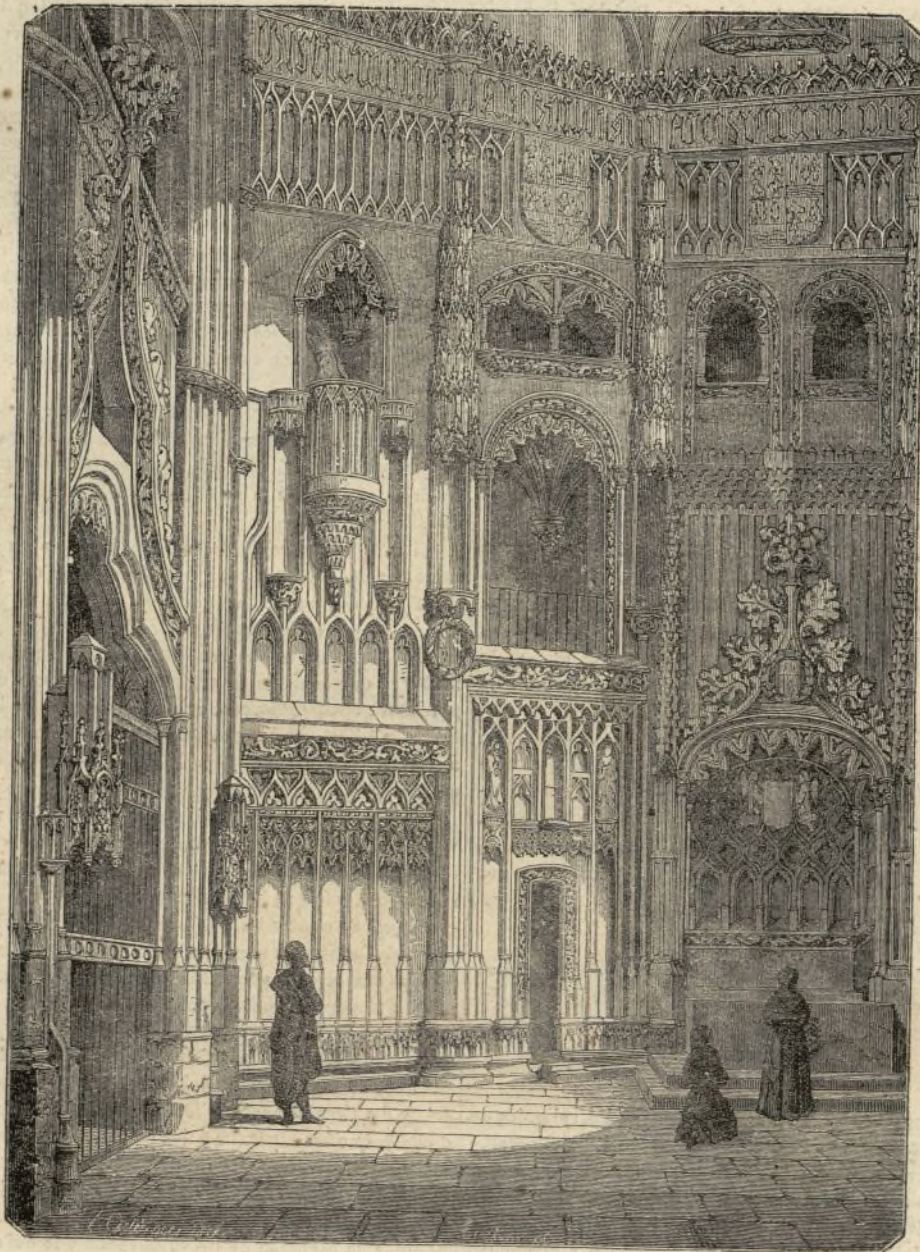


ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista interior de la catedral de Murcia.

**LA GOLONDRINA
Y LA CATEDRAL DE MURCIA.**

Magnífico y sorprendente es el efecto que produce la catedral de Murcia, tanto en su parte exterior como en su
25 de Mayo de 1852.

parte interior: atesora en su centro algunas preciosidades dignas de la mayor atención por su antigüedad y buen gusto. Cuando la silla episcopal de Cartagena se trasladó á la de Murcia, la catedral se instaló en la iglesia de Santa María de Gracia, reedificándose á mediados del siglo pasado: el coro era muy pequeño, carecía la iglesia de torre, y la puerta principal estaba dentro del claustro mayor.

TOMO X. 13

Esta iglesia perteneció por aquel tiempo al convento de los *Templarios*, habiendo sido mezquita de los moros en la antigüedad. Continuó siendo catedral hasta el año de 1320, época en que el señor don Pedro Peñaranda, obispo de esta diócesis, la mandó demoler, y en el mismo sitio se reedificó la segunda, y en 1388, don Francisco Pedrosa, llevado de un espíritu altamente religioso, empezó al lado de aquella la que hoy existe, y quedó habilitado el templo el año de 1467. En 1737 se dió principio á la fachada principal, la que por su magnitud y sencillez se considera como una de las mejores obras de España en el arte arquitectónico.

Es toda ella de sillería y de tan extraordinaria delicadeza, que es la admiración de los extranjeros. Consta de varios cuerpos; el primero, que por su esbeltez puede llamarse colosal, está colocado sobre un zócalo ó pedestal corrido de piedra negra pulimentada y cubierta de escultura del mejor gusto; es del orden corintio, embellecido con todo el adorno que exige el arte: sus columnas pareadas dan cabida á varios nichos en que se ven colocadas las obras de los mejores artistas españoles. El segundo es del orden compuesto, enriquecido mas que el anterior; el todo de la fachada, camina en figura piramidal, por ser la que dá mas realce á esta clase de monumentos; toda ella está adornada con multitud de relieves, estatuas y otros adornos de gran mérito.

Pasando al interior del templo por una de las grandes entradas que hay en esta fachada, se vé que la fábrica de este templo pertenece al estilo semi-gótico: sorprende á primera vista la elevación de un cuerpo de luces con su cúpula de arquitectura greco-romana, que unida al resto del templo, constituyen por su enlace mútuo un solo edificio.

En el extremo oriental de la nave principal está situada la capilla mayor, cuyos muros se hallan cubiertos de escultura gótica dorada, con estatuas de reyes y santos en nichos labreados con puntiagudos doseles; á la izquierda, conforme se entra, está la urna sepulcral con las entrañas del rey don Alonso el Sábio, en la que hay una inscripción que dice:

Aquí están las entrañas del S. R. D. Alonso, el cual muriendo en Sevilla, por la gran lealtad con que nuestra catedral de Murcia le sirvió en sus adversidades, se mandó sepultar en ella.

Al lado opuesto se halla la que contiene las reliquias de San Fulgencio y Santa Florentina; en el centro del presbiterio se eleva otra de plata, con los cuatro evangelistas, cuyas gradas y fronton son de aquel metal; es una de las preciosidades de este templo; se construyó en Valencia á principios del siglo pasado, y tiene noventa y cinco onzas de oro y seiscientos veinte y dos esmeraldas: el copon de oro que reserva esta urna es otra de las preciosidades artísticas; pesa ciento veinte onzas y fué costeado por don Franco Lucas Guill, chantre de esta catedral.

Siguiendo el orden que nos hemos propuesto, sobresalen en el género gótico las capillas del marqués de los Velez y la de Yunteron: la primera, es una de las mejores de esta iglesia por su capacidad y elegante forma, como verán nuestros lectores por el adjunto grabado.

Forma un octógono de dos lados desiguales con grande altura y copiosas luces, y por fuera presenta la forma de un verdadero castillo de piedra con sus fuertes estribos y graciosas almenas. Su interior está magníficamente adornado al estilo gótico con pilares que reciben los arcos que forman la bóveda por arista: los muros están decorados con delicados follages, y varias figuritas sobre repisas cubiertas con doseletes calados; la entrada la componen tres arcos con abundancia de calados que llegan hasta sus claves.

La torre es justamente admirada por todos los viajeros. La sillería del coro es obra del presente siglo, pues se colocó el año de 1803; toda ella es de nogal y caoba y está concluida con estremada delicadeza. En la sacristía hay un bajo-relieve de nogal de esmerado gusto, que representa el Descendimiento de Nuestro Señor. Las alhajas, vasos sagrados y ornamentos de esta catedral, son de una riqueza y valor extraordinarios y de un grande mérito artístico, reputándose con razon esta basilica por una de las mas ricas de España.

Circunscritos á dar solamente una ligera idea de este notable edificio, no nos estenderemos mas, y completaremos nuestro artículo refiriendo á nuestros lectores un episodio histórico coetáneo á la guerra de la Independencia, y es como sigue:

El 24 de mayo de 1808, en el momento en que la España entera se levantaba contra José Bonaparte con un patriotismo heroico, rezaba un jóven en la catedral de Murcia, delante de las molduras de piedra de la capilla *Marquesa*.

Este jóven era un comerciante francés, llamado Mr. Charles B***, que acababa de sustraerse al degüello de sus compatriotas, encerrados con él en la sacristía de la basilica. Le habia libertado de esta desgracia un íntimo amigo suyo, miembro de la junta, quien le habia mandado le esperase en la capilla.

Ahora bien, Mr. B*** habia dejado un padre, un anciano, víctima del furor de los enemigos, y no podia resignarse á obedecer á su salvador, que solo á él le habia concedido el salvo-conducto que llevaba consigo.

Mientras que pedia á Dios una inspiración, distraían de un modo funesto su atención los clamores confusos y continuados que se oían por todos los ángulos de la catedral.

Era el populacho insurrecto y ébrio de cólera, que llegaba allí á reclamar su presa, gritando:

—¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!

Y las armas blancas reflejaban al través de los rayos del sol, y los tiros disparados al aire anunciaban la suerte desdichada que les esperaba á los pobres prisioneros de la sacristía.

Al ruido de los tiros, una bandada de golondrinas se escapó de las galerías del monumento, y distrajo ¡oh lijereza popular! la atención de los sublevados y la del mismo monsieur B***.

Estas aves de la primavera, presentaron á sus ojos un espectáculo extraño y sublime al mismo tiempo. En lugar de alejarse despues de su primer arranque, se replegaron en orden hácia la iglesia, y comenzaron á revolotear pian-do en derredor de un ángulo de la fachada.

Una golondrina que habia estado cautiva el dia anterior en poder de algun niño (en semejante edad se tiene poca compasión), y que arrastraba todavia un hilo atado á una

de sus patitas, se encontraba detenida por este hilo, enredado en los relieves de una escultura.

Como lo habían presenciado las demás, renunciaron á la fuga, y alentaban con sus fuertes pios los esfuerzos de la prisionera.

Pero esta aleteaba y no podía conseguir su objeto.

Entonces la golondrina que conducía la bandada, vuela directamente hácia el hilo tendido por su compañera, y le toca al paso dándole un vigoroso picotazo. Todas llegan en seguida para hacer otro tanto, pero ¡ay! inútilmente, pues la cadena resistía, escediendo á los ataques...

Durante este tiempo un hombre sin corazón, un hombre embriagado probablemente, dispara un tiro contra el batallón alado.

Dispérsase al instante, pero se reorganiza de nuevo, y vuelve á la carga con doble ardor. Comienza el desfile y se redoblan los picotazos hasta que logran romper el hilo, y todas las golondrinas desaparecen cantando la libertad de la cautiva que la conducen en son de triunfo.

¡Todas! es mucho decir; una de ellas, herida por un segundo disparo, balancó en el aire y cayó ensangrentada á los pies de M. B***.

Pobre avecilla, dijo el jóven francés, muerta por salvar á su compañera... ¿Y yo seré capaz de huir solo? No, jamás... Yo pedía á Dios un consejo y él açaba de dármele ¡quiero seguirlo!

Vuelve á entrar en la iglesia, corre á la sacristía, saca de allí á su padre, mostrando la firma del miembro de la junta, y desarma á esta con la significativa historia de la golondrina.

Este francés se halla actualmente en Madrid, y ayer noche me refería este suceso en el *Café Suizo*, y le encontré digno de referirse á los lectores de el *MUSEO* y á todo el mundo.

Esta historieta hubiera podido formar uno de los mas interesantes capítulos de una obra recientemente publicada bajo el título de *Espíritu de los animales*.

Si los hombres todos modelaran sus sentimientos con los instintos de estas golondrinas, las guerras civiles serian menos frecuentes y menos terribles, porque los pueblos imitarían, como M. B***, el noble ejemplo de union y desinterés ofrecido á la humanidad por un pájaro.

...

LA ROSA DEL PRIORATO.

EPISODIO DEL SIGLO XIV.

IV.

—Hija, olvidemos esas escenas terribles. El padre ha dado su bendición al hijo, y éste se ha resignado, al cabo estamos, y no hemos de dar otro escándalo. La noche se adelanta y tu esposo espera.

Maria lloraba.

—Esta mañana has ido al altar casi arrastrada por mi brazo y todos al ver tu repugnancia, han murmurado en

voz baja la palabra, violencia. Cuando el ministro de Dios te ha interrogado, ha tenido que repetir por tres veces la pregunta y la madre ha respondido por la hija, que no tenía valor para un sacrificio, del cual pendía el honor y la vida de la madre.

—Madre mia, no quiero ser del conde, porque amo á su hijo.

—¡Amor de niña! ¿Y qué es esa pasión pueril en parangón de los deberes de hija y esposa? Has de saber, María, que cuando me desposé con tu padre amaba á otro; y á pesar de todo obedecí contra mi voluntad.

—Por este motivo murió mi padre tan jóven.

—¿Qué te atreves á decir?

—Madre, Dios no acepta votos impíos y castiga á los perjuros. He prometido ser fiel al cariño de Jesus, y esa ceremonia de hoy, no me releva de mis juramentos.

—¿Y qué esperas lograr con tu resistencia? Un arrebato del conde que en vez de una haga dos victimas.

—Estoy decidida.

—¡Insensata!

—Quiero evitar la desesperacion del que me ama.

—Evitarás un dolor y darás lugar á una catástrofe. El padre ofendido se vengará en el hijo.

—¡Oh! no se atreveria.

—Tu obcecacion perderá á ese jóven y no salvará á tu madre del escarnio y de la maledicencia. Un sacrificio, por sensible que sea, debe hacerse en recompensa de la vida de Jesus, de mi honor y de tu decoro. En tu posicion nadie titubearia, porque el peor de los males es el escándalo.

La novia quedó por un rato pensativa.

—Valor, hija mia, no cubras mi blason con una mancha indeleble. Te lo pido de rodillas.

—Alzaos, señora: deseais mi muerte y no teneis lástima de una niña.

—¡Ingrata!

—¡Oh, no! Cumpliré el sacrificio, mas no faltaré á mi juramento. Madre mia, dadme vuestra última bendición, de aquí en adelante perteneceré á otro dueño.

—Hija mia, el Señor tenga en cuenta tu holocausto, yo te bendigo, porque eres buena hija.

Cuando salió la baronesa de la alcoba nupcial era ya la media noche y el silencio reinaba en el castillo. Una lámpara dorada iluminaba aquella estancia adornada lujosamente para la boda. Las colgaduras encarnadas formaban contraste con el verdegay de las paredes y el azul celeste del techo. En medio estaba la desposada vestida de blanco, con una corona de rosas en la frente. Parecía una vision fantástica la niña sola y callada en la alcoba nupcial. Mucho tiempo permaneció inmóvil como una estatua, y quizás no hubiese despertado de su letargo, á no haber llegado á sus oídos las vibraciones armoniosas de un *laud* que tocaban bajo la ventana de aquel aposento. En aquel entonces los trovadores y la gaita invadían los salones feudales; rara era la noche en que no se cantasen trovas á una doncella, á una boda ó á una victoria, y los músicos-poetas divagaban en Cataluña, en Languedoc y en Italia. Aquellos rasgos de cortesía con las damas, eran restos de la civilizacion agarena traspasada á los españoles por medio del cautiverio y del amor.

La jóven condesa abrió la ventana.

A lo lejos, fuera del parque, y á la sombra de una vieja encina, entonaba romances un trovador.

¡Oh muda mansion de luto
donde soñé mi ventura!
¡Ay! que en tétrica amargura
convirtiera mi soñar.
Ya mi lacrimal enjuto
al verter el postrer lloro
sobre una tumba que imploro
ve mi muerte al despertar.

María conoció la voz y el sentido de la trova, y se asomó procurando ver al cantor; mas la noche era oscura, y solo alguna estrella brillaba en el espacio. El *laud* seguía y el trovador cantaba.

¿Por qué vida me dió el mundo
en una cuna dorada,
si feroz la suerte airada
me condena á padecer?
Con mi dolor tan profundo
calla el labio desmayado....
Para ser tan desdichado
mas valiera no nacer.

La condesa lloraba, porque su corazón sentía el dolor que los versos expresaban.

¡Oh! noche de amargo llanto
que cubre con negros velos
el tormento de los celos
y la angustia del morir!
Estiende fúnebre manto
sobre mi frente maldita;
el sepulcro «ven» me grita,
aquí se acaba el sufrir.

Calló la voz y no se oyó mas el *laud*. El cielo seguía estrellado y la noche callada y sombría.

María estuvo otra hora en la ventana buscando en la oscuridad un objeto, y cuando conoció la inutilidad de sus miradas, apartóse de allí, cerró las puertas y se arrodilló ante una imágen de la Virgen, que el dolor pintó sufriendo.

En aquella postura la sorprendió el conde.

—María, dijo el esposo con acento seco, levántate y escucha. La crítica situación en que nos encontramos exige una esplicacion reciproca de nuestros sentimientos.

La niña se puso en pie y se recostó contra el sillón que le ofrecía el conde. Este continuó.

—Te has figurado que soy un marido bárbaro y déspota, sin virtud, ni creencias, entregado al libertinaje y al desenfreno, estás engañada. He sido violento en mis pasiones, no lo niego, empero mis crueldades fueron venganzas. Joven y sin esperiencia, amaba por la primera vez á la bella Blanca y ninguna falta podía echarme en cara el mundo. Por una refinada violencia de mis padres, fui desposado con María de Piñós, mas aquel enlace era nulo ante los ojos de Dios y segun la ley escrita. Era tambien impio porque amaba ya á otra, y ella, mi esposa, correspondía al

cariño del bastardo de Aragon Manfredó el siciliano. De tal union tales consecuencias. Unicamente sabe Dios el nombre y la culpa de los verdugos que fueron de la condesa María y de tu padre el baron de Entenza; tú debes ignorarlos, pues de otro modo siempre tocarías y pisarías sangre. El vulgo ha calificado de usurpación del feudo de Ciurana una donacion legal que obtuve callando crímenes de tu familia. Pues bien, ¿no hay perdon para las culpas? ¿No hay una pausa entre la virtud y el crimen? Con tu amor quiero regenerarme, y ser digno de tí y del cielo. Asi como he perdonado quiero serlo; prometo abjurar mis errores y cumplir cual cristiano y caballero con los deberes de la fé y del matrimonio. Por último, he jurado respetar tu voluntad y esperar tu respuesta para hacer pública mi conversion.

—Juan de Aragon, respondió la jóven con entereza, vuestra resolución es buena, aunque tardía, y en nada puede hacer cambiar mi decision á pesar de ser esposa, hija y cristiana. Como vos he sufrido, mas yo he llorado por mis quince años incapaces de resistir en una muger; como vos he sido violentada, mas yo ni podia huir, ni causar la desgracia ó afrenta de mi madre. Vos os creéis legítimo esposo de María de Entenza, vais equivocado. Cuando el sacerdote demandó el consentimiento á la hija, esta calló, y aquel si que oísteis vos y todos oyeron, lo pronunció la madre. Ante Dios no soy ni seré jamás vuestra esposa. Sabiais mi tierna inclinación á vuestro hijo, y con todo quisisteis sacrificarme. Esto no es de cristiano ni de caballero.

—Juro, exclamó el conde, que ignoraba fuese hijo mio Jesus, y que jamás habia oido hablar de vuestro amor.

—Aun cuando sea cierto lo que decís no importa. Si vos y aquella á quien amásteis tuvisteis valor para pertenecer á otro y á otra, contra las palpitaciones de vuestro corazón, yo no imitaré tal ejemplo: es horrible eso que llaman adulterio y asesinato.

—María, eres demasiado buena para comprender la culpa, y hartó niña para estar manchada.

—Es verdad, conde, y para conservarme pura, olvidaré mi amor...

—¡Oh!

—Y rechazaré siempre vuestra presencia. Para no ser de Jesus, no deseo ni la vida ni la fortuna.

—¿Y el contrato, no está firmado? preguntó irónicamente el conde.

—Si, consentí y lo firmé.

—¿A quién pertenecerán, pues, los feudos y herencia de vuestros padres?

—A vos, si tal cosa deseais.

—María, el tiempo te hará reflexionar que cometes una temeridad abandonando tus bienes por un afecto de niñez.

—El tiempo es muy poca cosa medido en esta vida y comparado con la eternidad; y para los cortos dias que he de existir no necesito señoríos ni riquezas. En una palabra: os abandono mis bienes, dejadme en libertad.

—¡Oh! no. Si he codiciado tu fortuna ha sido por estar unida á tu persona. Por lo demas, si tú lo quieres, esperaré, rogaré, sufriré; renunciar á tu amor, nunca.

—¡Ah! conde, sois inhumano martirizando sin piedad á una niña.

—Es que te amo, María.

—Amor de la fiera por su presa, del lobo por la oveja. ¿Decís que me amais? Es puro egoísmo.

—Mi carácter, suspiró el noble, se endureció con la educación opresiva que me dieron en la infancia y agriaron en la juventud. No es culpa mía el frenesí que domina en mis afectos; no es por falta de cariño mi crueldad.... no; es una desgracia no haber sido comprendido, y una fatalidad no haber encontrado un alma generosa que templase mi dolor. ¡Oh María! tú sí que como un ángel te has ofrecido á mis deseos, como un bálsamo á mi delirio y como un áncoa para mi salvacion. Tu amor hará un milagro en este corazón ulcerado, y cuando el mundo entero bendiga al conde de Prades convertido, cuando el pobre ensalce su caridad, el rey alabe su grandeza, la iglesia abrace á un verdadero creyente, y el infierno blasfeme por haberse escapado la víctima, yo diré á todos: María es la causa de este milagro; ella es el ángel que Dios me ha enviado.

—Esas protestas debíais haberlas hecho ayer; hoy no sabré darlas su valor.

—¿No habrá compasion en tu pecho?

—Sí, conde, mas no amor.

—Entonces triunfará el mal espíritu, porque tú sola puedes vencerle. Entonces volveré á ser cruel, injusto y malvado; entonces seguiré la senda del réprobo para caer en el abismo. ¿Y quién tendrá la culpa? tú, María.

—Dejaos de ponderar mi poder; cada hombre tiene en sí mismo el gérmen del mal y el de su salvacion. Pobre caballero sois que confiais vuestro porvenir en la flaqueza de una muger.

—¡Estrañas razones en boca de una niña! reflexionó el conde.

—Una niña, si; pocos años cuento. Mas el dolor me ha envejecido. Os admirais de que apenas salida de la infancia manifieste tanta energia, y no considerais que defiendi mi felicidad y aun la vida de las asechanzas de la ambicion y del desenfreno. Una pequeña hormiga sabe defenderse contra sus enemigos.

—María, no seamos niños; esclamo el conde levantándose; soy tu esposo y ningun poder es capaz de destruir mis derechos ni de oponerse á mi deseo.

—Sois un miserable si os atreveis á usar conmigo de violencia.

—La usaré.

—Un villano y hasta un malsin respetaría á una muger.

—Es que yo te amo.

Al decir estas palabras el conde imprimió un beso en la megilla de la jóven. Ella dió un paso atrás y sacó un pequeño puñal de su seno.

—Si os acercais me atravieso el pecho; gritó la niña, cuyo rostro se tiñó de púrpura.

—Cuidado con tales armas, niña; hieren siempre aunque no matan. Yo te aseguro que viva ó muerta has de ser mía.

—Dios me defenderá, exclamó ella.

—Dios no auxilia á una esposa rebelde; Dios no ayuda á una perjura; Dios no protege á la muger contra su marido; y si Dios lo hiciese renegaría de su nombre.

—¡Blasfemo!

—Sí, soy déspota, loco, malvado; pero te amo. Esta pasion es tan imperiosa, que de tu mano hasta aceptaría la muerte.

—¿Y qué dirán los nobles ricos-homes cuando sepan la violencia ejercida por un magnate contra su esposa que él llama y que no lo es?

—Dirán lo que quieran.

—Conozco que no cejareis ante razones ni ruegos, y que he de ser una víctima.

—Eres mi esposa.

—¿Me prometéis dejar la cuestion á la justicia de los tribunales?

—No.

—¿A la decision del rey?

—No.

—Pues apelo de vuestra fuerza al Soberano Señor del cielo, si no tengo valor para matarme.

La punta del puñal tocaba al seno de la jóven, cuando las puertas de la estancia se abrieron de par en par y se presentaron varios escuderos con hachas encendidas, precediendo á un anciano alto, moreno, enjuto de carnes, cuyo trage era indefinible. Llevaba un manto negro y un vestido blanco. Hábito de cartujo desmentido por las espuelas que asomaban y por el cabello largo que salia bajo un casco guerrero.

—¡El rey! murmuró el conde en el colmo de la sorpresa,

—El rey, dijo éste, que ha abandonado sus ejercicios cristianos para venir á juzgarte como villano, ruin y homicida. Mi hermano Jaime, (Q. E. E. G.), me recomendó antes de morir tus crímenes, y aunque hasta hoy han quedado impunes, por lo mismo será mayor el castigo. Mañana serás juzgado.

V.

Don Martin de Aragon dispuso que la sentencia del conde de Prades se promulgase con todo el aparato y magestad que solia usarse entonces, y por su mandato se levantó un tablado en la plazuela de la Granja, en la cual se habia efectuado el casamiento de la heredera de Entenza. La historia señala el 19 de mayo de 1386.

Poco despues del amanecer, los escuderos y hombres de armas rodearon la plaza sin permitir acercarse á la multitud de lugareños á quienes la curiosidad llamaba temprano para presenciar aquel acto imponente. El rey se sentó en un trono, teniendo á su derecha al justicia mayor del reino, y á la izquierda al arzobispo primado. La baronesa y su hija estaban debajo el trono, y de pié á su lado los dos nobles de Alba. El prior de Scala-Dei detrás del rey, y junto á él Jesus, hijo del conde de Prades.

El canceller de la corona leyó la acusacion formulada contra don Juan de Aragon por los hidalgos Policarpo y Próspero de Alba, y las deposiciones del prior de la cartuja, de la baronesa y de su hija. Concluida la lectura compareció el acusado.

El justicia dijo:

—A vos, Juan de Aragon, rico-home, señor de Prades y de Ciurana; yo, justicia mayor, en nombre del rey don Martin, os intimo reveleis bajo palabra de honor si habeis estado poseido de maleficio ó en tratos con el diablo; si ha dominado vuestra alma bruja alguna, ó si habeis consentido en sortilegios.

—Mis mayores, respondió el reo, fueron buenos cristianos, y yo jamás me he persignado con mi mano izquierda.

—El rey mi señor, manda, pues, se os juzgue por perjurio, asesino y falsario.

—Acato su poder, mas como á soberano feudal apelo á mi inviolabilidad.

—Nacisteis en Aragon y el rey solo es inviolable en esta monarquía.

—Reclamo el juicio de Dios.

—Concedido solo en casos dudosos.

—Me declaro acusado.

—¿Renunciáis asilo sagrado?

—Renuncio.

—Sabed pues, vos, ilustre Juan de Aragon, rico-home, que Policarpo y Próspero de Alba os acusan ante el rey por haber matado y mutilado el cuerpo de Maria de Pinós, vuestra primera esposa.

—¿Hay testigos? preguntó el reo.

—Manfredo, hijo del rey don Jaime I y de la noble doña Salve, respondió el canciller.

—¿Salen los muertos del sepulcro?

—Si, dijo el prior. Yo fui Manfredo.

—Confieso, repuso el acusado.

—Sabed, continuó el justicia, que vos, Juan de Aragon, hicisteis matar alevosamente al baron Berengüer de Entenza.

—Confieso, repitió el reo.

—Sabed que habeis violentado á vuestra última esposa para obligarla á consentir en el enlace.

—Confieso, volvió á decir el conde.

—Convicto y confeso, gritó el canciller.

—Defendeos, acusado, dijo el justicia. Mientras haya arena en este reloj podreis hablar.

—Di muerte á Maria de Pinós porque era adúltera, dijo el reo. Hice matar al baron de Entenza porque era mi rival, y me he desposado con su hija á voluntad de su madre. Juro haber dicho verdad, y pido la prueba del fuego para mis acusadores.

—Concedido.

Los pages trajeron un brasero lleno de ascuas encendidas.

La baronesa de Entenza se levantó y dijo:

—Me opongo á las pruebas.

—Debeis revelar si teneis razones para ello; dijo el justicia.

—Revelaré.

—Recuso á esa muger, gritó el conde perdiendo su serenidad.

—Solo podeis hacerlo en caso de ser acusada, añadió el justicia.

—Es cómplice mia en la muerte de su esposo.

—Mentís, conde, exclamaron los caballeros de Alba.

—¡Oh! suspiró Jesus mirando á la niña, que cayó desmayada en brazos de su madre.

—Es verdad, confesó la baronesa.

—¿Teneis algo mas que decir? preguntó el justicia.

—Por culpa mia murió Maria de Pinós, contestó la acusada, pues hube de prometer á su marido mi mano á fin de evitar la publicidad de mi deshonor en caso de negársela. Consentí en el asesinato de mi esposo por el mismo motivo, y he cedido á mi hija porque ya no hay valor en mi alma para resistir al crimen. En cuanto á mi hija no es esposa suya, pues no pronunció su consentimiento.

—¿Fuisteis seducida ó violentada? interrogó el justicia.

—El conde abusó de mí después de haberme dado una bebida que me adormeció.

—¿Habeis concluido?

—El fruto de aquel delito me puso en manos del conde y hube de acceder á sus deseos para ocultar mi desgracia.

—Y aquel fruto...

—El conde le ahogó en el Ebro.

Un grito de horror se oyó por todos lados.

El rey alzando su cetro dijo:

—Juan de Aragon, arrodillaos.

El conde respondió:

—Ante Dios, no ante vos.

El rey prosiguió:

—Justicia mayor, degradadle.

—En nombre de don Martin, yo, Justicia mayor del reino, os despojo de vuestra venera porque sois indigno de ella. Os quito la espada y la rompo porque la habeis deshonrado; y os entrego en manos de los villanos pues que sois uno de ellos.

Los escuderos ataron al conde y lo hicieron arrodillar en el suelo.

—Confesaos, Juan de Aragon.

—No, exclamó éste rabioso, no me conciliaré con Dios, y asi vosotros sereis responsables de mi condenación.

—Cortadle la mano derecha y llevadlo. Cuando se haya confesado le ahorcareis en las almenas de Ciurana.

Un murmullo de aprobacion cubrió la voz del rey y alli mismo fué ejecutada la sentencia.

(Se concluirá.)

JOAQUIN FERRANDIS.

EFEMERIDES HISTÓRICAS.

(20 de mayo de 1506.)

MEDIA HORA ANTES DE ESPIRAR.

Son las doce de la noche: la mayor parte del pueblo vallesoletano duerme. En una de las mas apartadas calles de Valladolid hay una casa que todos contemplan con cierta veneracion, pues en ella entregó su último aliento un hombre grande, que vivirá eternamente en la memoria de los habitantes del mundo entero.

El día 20 de mayo de 1506, á las doce de la noche, la casa de que hemos hecho mérito presentaba un aspecto que tenia algo de siniestro y desolador.

El hombre que la habitaba acababa de volver de un fuerte letargo; frente al lecho donde reposaba habia un crucifijo, y á los pies de esta sacrosanta imagen pendian unos grillos de hierro, sobre los cuales fijaba continuamen-



te la vista, y una imprudente lágrima rodaba por la mejilla del moribundo, como triste señal del mas amargo recuerdo.

La dudosa luz de una lámpara alumbraba este recinto, para dejar ver, aunque confusamente, cuatro mapas que adornaban las paredes de la estancia: dos esferas en una mesa, y sobre la misma un compás y un reloj de arena.

El moribundo lanzó repentinamente un agudo suspiro, que fué acompañado de la siguiente exclamacion:

—¡Pobre del que acaba y le martiriza el remordimiento! Feliz mil veces yo que moriré tranquilo.

Abrióse á este tiempo una puerta, y se presentó en la estancia un venerable sacerdote del órden de San Francisco. La fisonomía del religioso era grave y serena; acercóse pausadamente al lecho del moribundo, y le preguntó:

—¿Me necesitais?

—Si, quiero preguntaros una cosa.

—Decid.

—¿Quién ha venido hoy á enterarse del estado de mi salud?

—Un mendigo que decia llamarse Pablo Espingarda, natural de Tordesillas, que ha sido marino....

—No prosigais, padre. ¿Nadie mas ha venido?

—Nadie mas.

—¡Pronto me olvidaron los reyes! Poco debe importarles la existencia ó no existencia de este viejo moribundo. Estoy tranquilo: me pesa el resto de vida que me queda; pronto la depositaré en manos del Altísimo, y él recompensará mis servicios mejor que los monarcas de la tierra. Me abrirá su Paraíso... vos lo habeis dicho, padre mio... Me siento mas aliviado; pero esta mejora es aquella que el cielo concede á los que como yo están cercanos á ver su última hora... Ya veo el tránsito de esta vida á la de la eternidad... Mi razon no se estravía, aun cuando mis miembros están completamente paralizados; pero palpita mi corazon: la fiebre ha desaparecido, y el frio de la muerte hiela mi cuerpo... ¿Y mi hijo?

—Hace diez noches que no duerme: su abatimiento es grande, y descansa en la habitacion inmediata recostado en un sillón.

—Despertadle, es la postrera vez que interrumpo su sueño... Quiero despedirme de él... ¡para siempre!

Ausentóse el franciscano, y durante su corta ausencia recitó el moribundo clara y pausadamente el acto de contricion.

Poco tiempo despues apareció de nuevo el confesor, acompañado de don Diego, jóven de veinte y cuatro años, y de un aspecto simpático á la par que humilde.

—Diego, le dijo el moribundo: grande pesar experimenta mi alma por haber interrumpido tu sueño; pero la situacion en que me encuentro es demasiado grave para no darle la solemnidad que corresponde.

—¿Qué sentís, padre mio? preguntó el jóven con filial solicitud, y derramando un torrente de lágrimas.

—Siento, hijo querido, que se aproxima el término de mi vida.

Y alargando el brazo abrió su descarnada mano y añadió:

—Dame tu mano.

El jóven obedeció, cubriéndose el rostro con la otra para ocultar su llanto.

—Te dejo, hijo del alma; nada puedo legarte mas que un nombre. pero un nombre que simboliza una série no interrumpida de sufrimientos, aun en medio de sus ilusorias prosperidades. La mendicidad, padecimientos físicos y morales, la burla y el escarnio de los hombres, un arresto tan vergonzoso cuanto inmerecido, la ingratitud de los hombres, perfidias, traiciones, atentados contra la existencia del que á nadie ofendia: he aqui, querido Diego, los dones que el mundo me ha prodigado á manos llenas. Pero una resignacion sin limites, una esperanza consoladora, han sido las compañeras inseparables de mi vida, y ellas me han alentado con su benéfica y santa influencia; fortalecida mi alma por la constancia, suporté valeroso tan frecuentes adversidades; y hoy mismo, que nada me es dado esperar de los hombres, siento en mi pecho la tranquilidad del justo, y espero mas que nunca en la misericordia de aquel que me ha sustentado sobre la tierra. No presumas que he querido hacerte mi panegírico: lejos de mi tan frívolo pensamiento. He querido tan solo recordarte lo que he sufrido, para que siguiendo mi ejemplo, seas como tu padre, paciente y confiado en la Providencia, en la peligrosa travesía de la vida humana, donde á cada instante verás zozobrar el bajel de tu combatida existencia; sé fuerte y animoso marino, que el deseado puerto de la bonanza está allá arriba, al cual llegaré pronto con la sonrisa y la satisfaccion del náutico que ha salvado su embarcacion á pesar de la tremenda borrasca.

El jóven no pudo reprimir la angustia que oprimia su corazon y comenzó á llorar con desabogo inusitado; pero su padre le apretó la mano y prosiguió:

—¿Lloras mi muerte?... Mal haces. Dios me trajo al mundo para cumplir ciertos deberes... ya los he cumplido y vuelvo al seno de aquella dudosa morada eterna. No llores, y oye el postrimer encargo que quiero darte.

—Imponedme los preceptos que querais, padre mio, dijo Diego con desconsuelo; yo los cumpliré con exacta fidelidad.

El paciente se incorporó cuanto pudo, y clavó sus ojos sobre los aferrados grillos que pendian de los pies del crucifijo.

—¿Ves esos grillos? preguntó.

—Los veo, repuso el jóven Diego.

—Es mi voluntad que ese objeto destinado al hombre criminal, sea encerrado conmigo en mi sepulcro: colócalos á mis pies: la perfidia humana me los puso á bordo de mi embarcación; yo quiero llevarlos á la otra vida. ¿Me lo concedes?

—¿Cómo no, padre querido?

—Otro encargo quiero hacerte.

—Decid.

—Escribe tú mi vida; tú mejor que nadie puede revelar al mundo la verdad: en mi gaveta hallarás mis apuntes, escritos con el corazon.

En seguida soltó la mano de su hijo y añadió:

—Levanta las almohadas y coge un papel que hallarás.

Diego hizo lo que su padre le decia, y sacó un papel en forma de pliego cerrado que quiso abrir, pero su padre se lo impidió exclamando:

—¡No, hasta que yo haya espirado!

Diego se detuvo y miró de hito en hito á su padre, el que dijo lo siguiente despues de un breve rato:

—Ya he hablado contigo lo bastante: ahora déjame hablar con mi confesor.

El franciscano se sentó al lado de la cabecera y abrió un libro, mientras que Diego se arrodilló á los pies del lecho. El confesor recitó algunas preces, y el enfermo balbuceó algunas palabras con la vista fija en la imágen del crucificado... A las doce y media en punto dió su último suspiro uno de los hombres mas célebres del mundo. El franciscano cubrió con la sábana la cara del penitente, y pidió el pliego á Diego, el cual le entregó sollozando: se abrió este enigmático documento y leyó el confesor la siguiente declaracion.

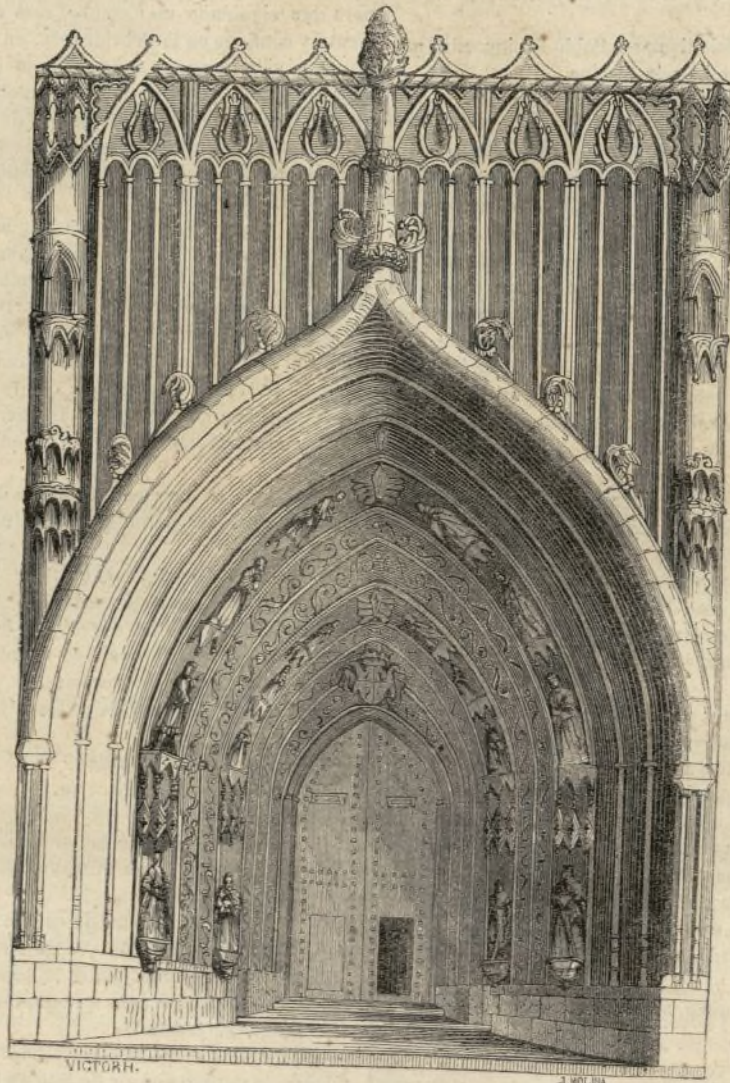
«Yo Cristóbal Colon, descubridor del Nuevo Mundo; claro, que no al padre Marçhena, ni á la munificencia de Isabel I deben los españoles tan memorable adquisición, sino á una hermosa muger de Córdoba de la cual me prendé. Por ella permaneci en España mas tiempo del que debia; por ella soporté que me llamaran loco, por ella sufrí

verme apedreado, y por ella estuve aguardando las dilatorias decisiones de la córte acerca de mi gran proyecto. Cuando me decidi á partir fuera de España, despues de haberme puesto en camino para no volver jamás, los emisarios que salieron en mi alcance no hubieran logrado mi vuelta, sino me recordaran el nombre de esta muger que amé tan apasionadamente.—En el Océano á bordo de la Pinta, etc. etc.»

Colon espiró en Valladolid el dia 20 de mayo de 1506. Sus restos, depositados primero en Sevilla, los trasladaron luego á Santo Domingo, teatro de su grandeza y de sus reverses. Allí permanecieron en la iglesia catedral hasta el año de 1795, época en que fueron trasladados á la Habana.

La ciudad de Génova que reivindica la alta gloria de haberle dado á luz, le ha levantado una magnífica estatua.

I. A. BERMEJO.



Vista exterior de la catedral de Murcia.— Véase la página 97.

ATILA.

Atila, conocido por el *Azote de Dios*, es uno de los personajes que mas descuellan en la historia universal. Si algunos de sus importantes hechos son conocidos, no lo es su vida, y esa es la que vamos á presentar en pocas lineas, y corriendo con él y á su paso casi toda la Europa.

Aquel hombre, mezcla de bárbaro y de humano, va conquistando reinos, asolando paises y dejando en pos de su terrible huella arroyos de sangre, montones de ceniza y focos de miseria; y el mismo que sonreia á la vista de tan terrible cuadro, que parece se alimentaba con el hedor de sus víctimas, que todo lo atropella por llegar á la ciudad

santa, á la orgullosa Roma, es detenido ante sus puertas por la cruz que conduce el papa. Aquella pacífica enseña del cristianismo puede mas que las fuertes murallas. No son los rayos del Vaticano los que doblegan su altanera frente, son las palabras de Dios las que ablandan su empedernido corazón.

Atila, el destructor de quinientas ciudades; Atila, cuyo nombre oriental *Etzell*, significa rio, torrente, rey de los hunos, sucede á Roas en el año 433 de la era cristiana, con su hermana Bleda.

La fama de Atila contrastaba notablemente con su estatura: aquella era grande, ésta pequeña, no siendo proporcionado á ella el desmesurado tamaño de su cabeza. Sus ojos, pequeños y oblicuos, revelaban una malicia estremada, y su frente inteligencia; la nariz ancha y aplastada, la



Atila.

boca grande, la cara juanetuda, escasisima barba y su color moreno. Su aspecto, sin embargo, era magestuoso, y se percibia en su mirada, y aun en sus menores gestos, la dignidad del mando. Amante sobre todo de la guerra, era prudente, y poseia en alto grado el difícil arte de preparar los sucesos. Fácil á doblegarse, no retiraba jamás el apoyo que hubiese dado una vez.

Sus costumbres eran sencillas. Una silla de cañas, una escudilla de madera, un lecho adornado únicamente con un cobertor blanco, era todo el menage de que hacia uso en su palacio, lleno de despojos y de tributos de los romanos.

Atila, dice un historiador, sabia estimar la virtud, y solo era bárbaro para con sus enemigos. Era, continúa, valiente y soberbio cuando trataba con ellos, dulce y humil-

de en medio de sus súbditos. Despreciaba el fausto y las riquezas, que dejaba á sus mugeres y á sus oficiales.

Al principio de su reinado, recibió los embajadores romanos en una planicie de la Mesia, y les impuso una contribucion anual de 350 á 700 libras de oro.

Levanta luego sus tiendas y pelea: su ejército era una invasion: cae sobre la Tracia y la asola. Poco despues todo el Oriente sufre la misma suerte.

No acostumbrado á que le contradijeran, lleno como estaba ya de gloria, y cansado de compartir su autoridad con su hermana, la hizo matar. Ya era para él todo lo que conquistara, y sus armas recorren la Mesia, la Macedonia y la Tesalia, llegan hasta las gargantas que fueron en otro tiempo la tumba de los trescientos espartanos de Leonidas, retroceden las armas imperiales, que él las diezma en mu-

chas batallas, y siguiendo su escursión desaparecieron en ella setenta ciudades. El emperador Teodosio se refugia espantado en Asia, donde obtiene la paz por un tratado humillante.

En 450 atraviesa la Panonia y la Germania hasta la confluencia del Rhin y del Necker, marchando á la cabeza de 500,000 guerreros, que todo lo arrollaban y esterminaban á su paso. Principes y reyes le obedecian como esclavos, y murieron por defenderle en la batalla que le presentó Aecio, general de los romanos de acuerdo con Teodorico, rey de los visigodos y Meroveo rey de los francos: 200,000 hombres cuenta la historia que perdió entonces Atila (1); mas no le impide esto invadir al año siguiente (452) la Italia, destruir á Aquilea y degollar á sus habitantes Lombardia, Verona, Mantua, Cremona, Brescia, Bérgamo y Milan fueron saqueadas, y el guerrero, el Azote de Dios, se presenta delante de Roma.

Antes, en Milan, vió Atila un cuadro que representaba al emperador sobre su trono, y los principes escitas prosternados delante; le hizo quemar y colocar en su lugar otro en que estaba él retratado en un solio recibiendo el homenaje de dos emperadores que deponian sus tesoros á sus pies.

La presencia de Atila difundió la consternacion en Roma, y el papa Leon I, que despues fué canonizado, se avista con el terrible huno, y lo aleja de la ciudad santa, ante la cual se inclina Atila.

Toda la Europa se asombra de este acontecimiento; todos alabaron la magnánima conducta de Atila: muchos la consideraron un milagro de San Leon.

Vuelve Atila á sus estados, organiza el interior de su vasto imperio, y somete á un mismo mando á tantos pueblos de tan diferentes costumbres y tan varios caracteres.

En su campaña en las Galias, vió y se enamoró de Hildegunda, hija de Enrique, rey de Borgoña. Los hunos, como todos los pueblos asiáticos, tenian muchas mugeres; se apasionó sin embargo de Hildegunda, y se casó con ella, celebrándose la boda con toda la magnificencia, con todo lo que el imperio de Oriente y Occidente podia ofrecer mas encantador.

Esta pompa se hizo fúnebre: cuando Atila soñaba con las guerras y el amor de Hildegunda, ésta le asesina traidoramente (453). Los pueblos celebraron sus funerales con grande ostentacion; se cantaron himnos para inmortalizar sus hazañas, y á los sentimientos por la pérdida de tan valiente guerrero, sucedieron grandes festines, como se practica en los pueblos orientales. Los escuadrones guerreros de los hunos hicieron retumbar estrepitosamente el aire con el choque de sus armas, al rededor del cuerpo del héroe; y como siguiendo la costumbre, el homenaje mas digno de tal gefe debia ser: *no de lágrimas ordinarias sino de lágrimas de sangre*, se guardan sus restos en un magnífico atahud, y para que no fuesen objeto de insulto, se inmola á los trabajadores que cavaron su tumba.

Con la muerte de Atila comenzó la decadencia de los hunos, y una nueva situacion para los pueblos que le obe-

decian ó le temian. De él ha dicho un poeta francés en elegantes versos: «De la China se lanza á las orillas del Tanaís; veinte pueblos humillan sus frentes bajo sus pies; los arma, y á su cabeza invade audaz los campos de la Iliria, las llanuras de Dacia, y el suelo de los héroes con las huellas aun de Aquiles, de Alejandro y de Leonidas. El Danubio le ve vencedor de las Termópilas, el Rhin á su aspecto corre con tranquilo curso, el germano sigue sus leyes; todo cede, y delante de él quizá hubiera huido el mismo César.»

A. PIRALA.

IRENE.

I.

MALAS NOTICIAS.

Una noche del mes de diciembre de 1837, en un cuarto bajo de la estraviada calle del Gobernador, estaban dos mugeres sentadas cerca de un humilde brasero casi apagado. Un aire frio y penetrante entraba por las hendiduras de las puertas y ventanas, y hacia oscilar á intervalos la torcida del velon que brillaba con una luz pálida y amorfugada sobre una tosca mesa de pino, donde la mas jóven de las dos referidas mugeres se ocupaba en sacar un dibujo de modas de un periódico francés que tenia delante; mientras su compañera, que representaba unos cuarenta años, cosía á toda priesa un corpiño de seda, y las dos parecian muy afanadas y anhelosas de concluir su tarea.

Bastaba echar una simple ojeada sobre aquel reducido albergue para conocer que el infortunio oprimia á sus moradores. La atmósfera de la desgracia envolvía á todos los objetos con una gasa fúnebre, y la escasez de muebles, el raído felpudo, el vetusto velon, el brasero apagado, y sobre todo, la inquietud pintada en el rostro de aquellas dos mugeres, traicionaba el malestar, los cuidados, las privaciones y las agonias que trae consigo la miseria.

Largo tiempo hacia que trabajaban sin desplegar los labios cuando sonó la campanilla de su habitacion: levantóse la mas jóven, y ligera como una cervatilla, se precipitó á la puerta y la abrió sin ver antes por el ventanillo quién era el que llamaba.

Un hombre de edad avanzada, de noble aspecto y maneras distinguidas, pasó el umbral, é imprimiendo sus labios en la pura frente de la jóven, se dirigió hácia el brasero con un paso y un semblante, que en vano procuraban parecer tranquilos. Sentóse en una desvenojada silla de paja, inclinó la frente, y sin pronunciar una palabra, estendió sus manos como transido de frio sobre el brasero que ya no ardía.

Su preocupacion era tan honda, que no advirtió que el fuego estaba completamente apagado.

—Y bien, Joaquin, le dijo la anciana clavando en la tela la aguja, que su vista fatigada y su mano trémula no acertaban ya á guiar; y bien, ¿se han confirmado tus temores?

—Sí, mi querida Encarnacion, los dos últimos discípulos que me quedaban han terminado hoy sus lecciones, y salen mañana para Segovia.

—¡Ah! exclamó la buena señora con acento de dolor;

(1) Un escritor pone en boca de Atila esta arenga al comenzarse la batalla de Mauriac. — «Llegó el día que hace veinte años deseamos, y que dará al vencedor el mundo y la inmortalidad. Para triunfar de estos francos intrépidos hemos franqueado la Meotida, etc.»

pero serenándose en seguida, añadió resignada: ¡Paciencia!

—Se han agotado todos nuestros recursos y ya nada tenemos que empeñar, nada!... repitió don Joaquín llevándose la mano á la frente.

—Lo siento únicamente por mis pobres hijas, contestó la madre fijando en el suelo sus ojos cubiertos de lágrimas.

—¡Se morirán de hambre como nosotros! repuso don Joaquín en cuyo semblante se leía más que la tristeza, la rabia de la desesperación; ¡se morirán de hambre, porque en el mundo no hay lugar para nosotros!... ¡Hijas de mi alma, Irene, Teresa!...

El anciano pronunció este apóstrofe en voz alta, y una niña de tres ó cuatro años, que dormía en un catrecito, en un rincón del aposento, levantó su rubia cabeza y preguntó á su madre.

—¿Me llamabas, mamá?

Su hermana Irene se acercó al lecho, arregló el cobertor y besó á la niña, diciéndola en voz baja:

—¡Duerme, amor mío, duermé!

Luego, aproximándose á sus padres, permaneció un instante en pie, recogida y meditabunda, tomó la mano de don Joaquín, la llevó á sus labios, y le dijo respetuosamente:

—Si lo permitis, papá, creo que tal vez podría yo encontrar algún alivio á nuestra triste posición.

Don Joaquín alzó la cabeza y miró á su hija, que animada por su silencio, se atrevió á añadir:

—¿Os acordáis de aquella carta que me escribió mi amiga Justa de Alamos, en la que me ofrecía la colocación de pasanta en un colegio de niñas de Toledo? Me parece que podría desempeñarla muy bien, y si vos y mi madre lo permiten, me encontraría en el caso no solo de no seros gravosa, sino también de ayudaros...

—Si, para los pobres los hijos son una carga ó una especulación, respondió el desdichado padre con amargura; pero ya te he dicho que eso no puede ser. El nombre de tu familia...

—¿No habeis vos adoptado otro cuando la necesidad os obligó á aceptar hasta las más humildes ocupaciones, con tal de ganarnos honradamente el sustento? Iré con ese nombre supuesto.

—Yo puedo hacerlo todo por vosotras; ¡pero tú, pobre hija mía!

—Yo procuraré imitaros. Aquí, en Madrid, las costuras están perdidas, y en Toledo además de mis honorarios, ganaré doble que en la corte cosiendo para afuera.

—Sufrirás mucho, querida Irene.

—Mas me aflige el veros padecer á todos y sufrir las mayores privaciones.

—Y luego depender de otros á trueque de serviros, ¿no es una gloria? A ese precio iría hasta el fin del mundo; pero vamos á cuentas, papá, y vereis como el asunto no es tan malo como parece á primera vista. Me darán dos mil reales anuales, casa, comida y ropa limpia; pediré adelantado el primer semestre y os lo remitiré. Así pasareis mejor el invierno, Teresita os distraerá, recibireis cartas de Eduardo, y yo feliz con la felicidad de vds. nada echaré de menos sino vuestras caricias y las de mi madre... Con que vamos, ¿consentis?

—¿Qué dices tú á esto, Encarnación? preguntó á su esposa don Joaquín vivamente conmovido.

—Dios habla por su boca, contestó ésta, y cuando él nos inspira la idea de un sacrificio, nos da también las fuerzas necesarias para cumplirle.

—¡Gracias, madre mía! exclamó la joven, vuestro consentimiento me honra y enaltece.

—¡Ay! me falta el valor al considerar que no volveré á verte en mucho tiempo, á tí que alegrabas nuestra miseria, á tí que endulzabas nuestros pesares y eras el único consuelo en nuestra desgracia.

—¿Querriais mejor, la dijo Irene en voz baja, ver sucumbir á mi padre y á mi hermana?

La tierna madre se llevó el pañuelo á los ojos y nada respondió: Irene volvióse á su padre y le dijo:

—¿Y vos, qué decis, padre mío?

Este la atrajo amorosamente á sí, la estrechó contra su pecho y murmuró á su oído:

—Anda, porque ya no puedo más ver sufrir á tu madre.

II.

EL CUMPLIMIENTO DE UN DEBER LLEVA EN SI LA RECOMPENSA.

Todas las niñas se divertían, pero la joven estaba triste. Aquella alegría y juegos infantiles no eran de su edad. Sentada en una especie de plataforma en un escritorio de cedro, Irene vigilaba á las educandas que habían terminado sus quehaceres, y solo aguardaban la venida de la directora para irse á jugar hasta la hora de comer. La sempiterna charla de las niñas, y el placer que manifestaban, afligía involuntariamente á Irene, porque su corazón, preocupado por otras ideas, no participaba del gozo general. Para distraerse procuraba leer en un libro que tenía delante, las obras completas de Fray Luis de León en un solo volumen: sus ojos se habían detenido en la bellísima oda que comienza:

«Que descansada vida...

y un recuerdo dulce y triste á la vez había agolpado el llanto á sus pupilas. Pensaba en su pobre morada de la calle del Gobernador, en las tardes de verano y en las largas noches de invierno pasadas al lado de su madre. Por humildes que fuesen los muebles que decoraban aquella habitación, en cada uno de ellos se había identificado algún recuerdo, impreso en su memoria con caracteres indelebles. Veía á su tierno y bondadoso padre entrar por la ruinosa puerta, y pasearse por la fría sala con las manos atrás de las espaldas, alegre y risueño si contaba con algunos recursos para el día inmediato, y pensativo y silencioso si le sucedía lo contrario. Traía á lamentar la independencia y tranquila paz del hogar doméstico, y al girar sus ojos en torno de sí, se veía sola, sujeta, esclava de sus nuevas obligaciones y rodeada de un centenar de caras desconocidas, las cuales, aunque pertenecían á niñas de diez ó doce años á lomas, revelaban ya la arrogancia, el orgullo y la malicia propias de su sexo.

Ínes arrojó el libro que tan melancólicas ideas la inspiraba, y revistiéndose de súbita energía, sacó papel de un

cajon del escritorio, y tomando una pluma escribió á su madre la siguiente carta:

Toledo 25 de enero de 1838.

«Querida mamá:

«Sigo buena y tan contenta como es posible estarlo lejos de vos y de mi amado padre. La señora de Ramos es muy buena conmigo, y me trata como á una hija. Mis discípulas son en general dóciles é inteligentes. Puedo disponer diariamente de algunas horas que empleo en el bordado. Los jueves y domingos salgo de paseo y voy á la iglesia con las niñas y la directora. En mis oraciones ruego fervorosamente á Dios por todos los que amo: le pido que conserve la salud á mis padres, que mejore su posicion, que preserve á mi hermano Eduardo de todo mal y le traiga sano y salvo de los campos de batalla, donde hoy se encuentra, combatiendo en las filas de los valientes defensores del trono de nuestra amada reina Isabel II. Eduardo volverá hecho oficial, no lo dudeis, y algun dia la Providencia se apiadará de nosotros. Entretanto, madre mia, creed que el anhelo mas ferviente de vuestra hija, su único consuelo y su mas grata esperanza, es endulzar vuestros últimos dias en cuanto pueda, y mostrarse siempre digna del aprecio y cariño que le habeis demostrado. Si los padres tienen obligacion de atender y cuidar á los hijos hasta que puedan bastarse á si mismos, deber es tambien de éstos el retribuirles tan sagrada deuda no bien necesiten de su apoyo. Por eso, madre mia, me considero feliz de poderos ser útil, y soporto con gusto las pequeñas molestias inherentes á la profesion á que me he dedicado. ¡Quiera el cielo reunirnos pronto y haceros tan dichosos como le pide vuestra amante hija, IRENE!»

P. D. «Muchos besos á Teresita. En el cajon del tocador, se me quedó olvidada la cruzcica de plata que me regaló mi madrina, y que está bendita por nuestro santo padre Gregorio XVIII, os ruego que se la enviéis á mi querido Eduardo, recomendándole que la lleve siempre colgada al cuello. Creo que ella le servirá de escudo en los combates, y le devolverá ileso á nuestros brazos, cuando Dios quiera que termine esta ominosa guerra.... Dentro de algunos dias os remitiré algunas frioleras para Teresita, que he comprado con el dinero de unas camisas que hice últimamente. ¡Cuánto siento no poderos mostrar todo lo que trabajo! Duéleme que salga de mis manos sin haber antes obtenido vuestra acostumbrada aprobacion. ¡Lástima que Toledo esté tan lejos de Madrid, ó mejor dicho, que sean tan incompletos nuestros medios de transporte que no se pueda ir á la córte y volver en el mismo dia! No siendo esto posible, esperaré hasta que lleguen las vacaciones, y entonces ¡ah! falta todavía tanto tiempo, que mas vale no pensar en eso. Adios, madre mia, adios. Suelto aqui la pluma, porque si la dejo correr, la postdata será mas larga que la carta. Adios.»

Asi esta criatura angelical se consolaba de su aislamiento y de los penosos sacrificios que su posicion secundaria le imponia, y encontraba en el cumplimiento de sus deberes filiales, la mas dulce recompensa que puede anhelar un corazon bien puesto: la satisfaccion de sí mismo, y la conviccion de haber hecho una obra honrosa y meritoria á los ojos de Dios y de los hombres; una de esas obras que real-

izadas por la bendicion divina y humana, mas tarde ó mas temprano, proporcionan la felicidad al que las ejecuta.

III.

LA VIUDA DE BREHIOZ.

Un año habia trascurrido. Irene mas acostumbrada á sus nuevas obligaciones, las cumplia sin violencia y encontraba en ellas la íntima satisfaccion del deber. Sus padres vivian tranquilos, siéndole deudores del bienestar que disfrutaban, y esta sola idea doraba con un rayo de luz sus dias mas tristes y monótonos, y trasformaba en agradables las mas áridas tareas.

Un dia, á la hora de recreo, en los momentos en que se ocupaba de acabar á toda prisa unos tirantes de mucho lujo bordados de oro, vinieron á avisarla que una señora la esperaba en la sala. Soltó la aguja y corrió al parage indicado, preguntándose llena de alborozo: ¿sí será mi madre?...

Su esperanza salió frustrada: no era su querida madre quien la aguardaba, sino una señora de bastante edad, que debió ser muy hermosa en otros tiempos, porque su fisonomia, aunque impregnada de una tristeza reconcentrada y altiva, conservaba en sus rasgos ese sello de delicadeza que ni los años ni los pesares borran completamente.

Esta muger saludó á Irene, inclinando levemente la cabeza, y la dirigió la palabra en estos términos:

—¿Es á la señorita doña Inés Velasco á quien tengo el honor de hablar?

—Servidora de vd., repuso la jóven algo sorprendida del tono brusco y seco de su interlocutora.

—No me agrada perder el tiempo en circunloquios y voy á deciros en dos palabras el objeto que me trae aqui. Dispensad mi rudeza, y habládme igualmente sin rodeos. Os lo pido como un favor.

—Asi lo haré, señora.

—Mi edad, mis achaques y el aislamiento en que me hallo, me obligan á buscar una persona de confianza que se tome la molestia de acompañarme y cuidar de mi casa. Yo me veo imposibilitada de hacerlo, y por una reunion de circunstancias que escuso deciros, hoy me encuentro sola, enteramente sola. Hánme hablado muy ventajosamente de vos y lo que me han dicho me ha impulsado á dar este paso. ¿Os sentis con valor para resignaros á vivir conmigo y participar de mi tristeza y soledad, tristeza y soledad que toda vuestra juventud y buen humor, os lo prevengo, no alcanzarán á alegrar?... Reflexionad acerca de mi proposicion, señorita, y si os conviene, retribuiré generosamente vuestros servicios. Soy rica, y puedo dar cincuenta duros mensuales á la persona que se consagre á mí: su vida será triste y descolorida tal vez.... pero no soy exigente ni estoy acostumbrada á que me prodiguen los mas tiernos cuidados.... ¡oh! el desvio y el desamor de los seres que mas he amado, me han hecho casi indiferente á todo, y no exijo de los estraños lo que no he podido conseguir de mi propia familia.

La desgraciada señora pronunció estas últimas palabras con una amargura que llamó la atencion de Irene.

—Vuestra oferta me honra, contestó esta con timidez, pero antes de aceptarla, permitidme, señora, que lo consulte con mis padres. Soy hija de familia, y....

—¡Ah! sin duda replicó la anciana cuya frente se oscureció de pronto, los hijos pertenecen á quienes les han dado la vida; y es un mal hijo el que toma una resolución cualquiera contra su voluntad.... Consultad á vuestro padre, consultad á vuestra madre, señorita, que yo bien puedo esperar algunos días. Esta prueba de cariño y respeto filial justifica cumplidamente lo que me han referido de vos y aumentan mi deseo de teneros á mi lado.

Irene inclinó los ojos y balbuceó ruborizándose:

—Señora....

—Volveré dentro de una semana; la señora de Ramos conoce mis proyectos y los aprueba. Es íntima amiga mía y os dará cuantos informes necesiteis. Adios, señorita... nada deseo ya en el mundo, y sin embargo, es tal el aprecio que me habeis inspirado, que os confieso que me alegraría teneros á mi lado y al frente de mi casa.

La señora tendió afectuosamente la mano á Irene, y la entregó una tarjeta en la que se leía lo siguiente:

LA VIZCONDESA VIUDA DE BREHIOZ.

Plaza del Zocodover.—20, principal.

Irene pasó en seguida al cuarto de la directora, y la comunicó la estraña visita y la conversacion que acababa de tener con la vizcondesa.

La señora de Ramos era una muger de talento, bondadosa y conoedora del corazon humano; rogó á la jóven que se sentara y la habló asi:

—Sabía todo de antemano, querida Irene, y tal vez involuntariamente he contribuido no poco á que la vizcondesa dé este paso. Por vuestro propio interés y el de vuestra familia, que no se me oculta cuán cara os es, me alegraría que aceptáseis sus proposiciones. Mucho sentiré perderos, pero gracias á Dios no soy egoista, y prefiero el bien de las personas que amo al mio propio. Sin embargo, no debo ocultaros que la nueva posicion que se os ofrece no está exenta de inconvenientes; aqui teneis que luchar con la travesura, la torpeza ó inaplicacion de un centenar de niñas mimadas y caprichosas; alli tendreis que soportar el mal humor y las impertinencias de una muger de edad, enferma, que tiene muchos motivos de disgusto, y que es desgraciada, un poco por culpa suya, otro poco por la de los demas, y un mucho por los calamitosos tiempos que atravesamos.... Por eso es digna de compasion y de indulgencia.

—Escelente amiga mia, acabad de ilustrarme, y creed que si os pido algunos pormenores acerca de una persona cuya existencia voy quizá á compartir, no es una vana curiosidad la que me impele.

—Lo sé, Irene, lo sé. Oid pues una historia tan triste como vulgar.

El vizconde de Brehioz, rico propietario de Navarra, absolutista por carácter y convicciones, fué uno de los primeros que en 1833 acudieron al llamamiento del Pretendiente. Se alzó en armas y llegó á reunir una fuerza bastante respetable; pero á los cinco ó seis meses fué batido y muerto en las montañas de Guipúzcoa. Prefirió morir peleando á rendirse á un batallon que le tenia cercado, y fuerza es confesar que sucumbió como un héroe.

El vizconde dejó dos hijos, Laura y Esteban, la primera de quince años, y el segundo de veinte. Su esposa no

participaba de las ideas de su marido, y no consintió que Esteban le acompañase en su arriesgada empresa. En vano el jóven, arrebatado del mismo entusiasmo que su padre, se empeñó en seguirle; la vizcondesa se opuso tenazmente, y Esteban bien á su pesar tuvo que renunciar á su propósito.

Con objeto de alejar á su hijo del teatro de la guerra, y creyendo que las distracciones de una gran capital le harian olvidar aquel capricho juvenil, la amorosa madre se apresuró á trasladarse á la córte en compañía de sus dos hijos.

Amaba á entrambos con delirio, y á su educacion habia sacrificado los placeres del mundo y los últimos dias de una juventud todavía brillante, sin omitir gasto ni diligencia para proporcionarles á su lado todos los conocimientos indispensables á su clase.

La aparicion de Laura en los círculos aristocráticos de la córte produjo alguna sensacion, lo que no es de estrañar atendida su belleza, su egregia cuna y el dote que la realzaba. Un jóven agregado á la embajada francesa se enamoró de ella, y su madre vió con dolor que su hija correspondía á su cariño, no por la posicion del jóven, que era oriundo de una familia ilustre y opulenta, sino por el temor de separarse de Laura en cuanto su esposo regresara á Paris. El jóven diplomático pidió su mano y le fué negada; entonces Laura manifestó paladinamente que, ó no se casaria con ningun hombre, ó se casaria con aquel. A las objeciones que la vizcondesa la hizo con la violencia propia de su carácter, contestó la jóven con el egoismo ingrato de la passion. La señora de Brehioz, temiendo mayores males, se resignó; pero su corazon de madre recibió una herida que todavía no se ha cerrado; la hija á quien habia sacrificado su juventud y placeres queria abandonarla y esperaba ser dichosa lejos de ella en un pais estraño y en el seno de una familia que no era la suya!... La vizcondesa devoró en silencio su pena y otorgó su consentimiento para la boda; pero el lazo que la unia á Laura se rompió para siempre.

Laura se casó, mas la puerta que dió paso á la jóven desposada, ceñida del velo y la diadema nupcial, no se ha vuelto á abrir para la esposa de Mr. Gustavo de Chateaubaine.

Actualmente Laura vive en Paris, y esa hija idolatrada en otro tiempo no ha podido nunca obtener el perdon que hace cinco años solicita con instancia. Su madre le devuelve sus cartas sin leerlas.

Despues de este golpe que tanto afectó á la viuda, reconcentró su cariño en su hijo Esteban, que tambien la abandonó al cabo de un año, no bien supo la muerte de su padre.

Jóven, de alma ardiente, y alucinado por las insidiosas sugestiones de algunos fanáticos partidarios de la causa del absolutismo, voló á incorporarse á la faccion con ánimo de vengar al autor de sus dias sin hacer caso de los ruegos y lágrimas de la infeliz viuda.

Este fué el golpe de gracia para aquella madre apasionada; maldiciendo la ingratitud de sus hijos, sin tener en cuenta su edad, sus pasiones y las circunstancias atenuantes que militaban en su favor, prohibió á Esteban que se presentase jamás delante de su vista, abandonó á Madrid y se vino á vivir á Toledó donde tiene varias posesiones.

Los pesares han alterado su salud; su cuerpo achacoso

encierra un alma abatida y llena de amargura, y madre de dos jóvenes apreciables por mas de un concepto, dueña de una gran fortuna, libre, respetada... es, no obstante, un objeto de piedad para todos.

Irene guardaba silencio, y parecia reflexionar.

—¿Qué es eso amiga, repuso la directora, acaso la pintura que os he hecho os asusta acerca del carácter de la vizcondesa, y no os sentís con fuerzas para aceptar el cargo con que os brinda?...

—Al contrario.... estaba pensando que tal vez podria hacerse algun bien á esa desgraciada madre. ¡Cuán digna de lástima es!

—Ahora sufre mucho; su hijo formaba parte de una division que ha sido batida últimamente, y á pesar de su estudiada indiferencia, no se necesita grande esfuerzo para conocer los temores que preocupan su ánimo. Quizá haya muerto ó morirá sin que pueda abrazarle.... pero ¿á donde vais?

—Voy á escribir sin tardanza á mis padres y á pedirles su consentimiento.... Ellos decidirán de mí.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(Se continuará.)

BOLONIA.

Bolonia es una de las ciudades que mas celebridad han tenido en la Italia. Nosotros llegamos á ella el dia..... y nos detuvimos en una pequeña plaza á considerar dos gruesas torres de ladrillo inclinadas ó fuera de su aplomo, llamada la una la *Asinelli*, de cerca de trescientos pies de altura, y su desnivel de tres á cuatro pies. La otra que se halla inmediata, se llama la *Garisenda*; no tiene mas que ciento cincuenta pies de altura, con un desnivel de ocho. Aterrador seria el colocarse, como nosotros lo hicimos, debajo de estas torres, sino hubiésemos sabido que hace siglos la inclinacion permanece la misma, inmóvil y sin aumentarse una sola línea. ¿Eran estas torres en otro tiempo parte de un edificio? ¿De qué servian? Á pesar de ir acompañados por el cicerone mas instruido de la ciudad nada pudimos saber relativo á este punto.

La plaza mas grande de Bolonia es la del mercado, que tiene una forma irregular. Hasta las doce del dia la gran cantidad de legumbres que allí se venden, obstruyen la circulacion. Dos edificios notables hay en ella colocados de tal modo que forman un ángulo recto. El uno es un antiquísimo palacio público de construccion poco agradable, que está como abandonado. El otro tiene una grande estension, y ostenta un carácter de antigüedad y de bella apariencia; se llama el palacio de la *Señoría*.

En otro tiempo habia allí dos estatuas de los papas Bonifacio VII y Gregorio XIII. Los franceses las arrancaron de sus pedestales, y no han vuelto á ellos, mientras que han vuelto tantas otras cosas despues de la paz de Viena.

Bonifacio VII comenzó su pontificado á fines del siglo XIII; puso en entredicho el reino de Dinamarca; hizo declarar la guerra al emperador Alberto contra Felipe el Hermoso, rey de Francia, y le concedió este reino. Lanzó una bula, en la que proclamó la soberanía de los pontífices,

bula que Felipe el Hermoso hizo quemar públicamente en París, y á que contestó nuevamente Bonifacio declarando la supremacia del poder espiritual y la obediencia que le debian todas las potestades temporales. Puso á la Francia en entredicho, y fué el fundador del jubileo que desde entonces se celebra cada cien años.

Gregorio XIII habia sido profesor de Bolonia, en el siglo XVI, donde habia resonado su poderosa y elocuente voz. En su pontificado sucedió el horrendo asesinato del dia de San Bartolomé en París, ese borron eterno de la historia de la Francia, y ese monumento de la intolerancia religiosa.

Encima de la puerta del palacio hay un balcon, en el que se ve la estatua de San Petronio, vestido con sus hábitos pontificales, y esta inscripción: *divus Petronius protector et pater*; San Petronio nuestro protector y nuestro padre.

Las salas de este palacio están cubiertas de magníficos frescos, obra de los mas célebres maestros; y hay tambien en ella varios cuadros de Guido, de Creti y del divino Rafael.

Enfrente de este palacio hay un grandioso monumento, la soberbia fuente llamada del Gigante, construida por Juan de Bolonia. Allí hay un Neptuno colosal, de pie, armado de su tridente, y en la altiva y amenazadora actitud tan bien espresada por Virgilio en su emistiquio. *¿Quos ego?* Cuatro niños sentados en los ángulos del pedestal enlazan con sus brazos pequeños delfines que arrojan agua. Mas abajo, cuatro sirenas de hermosa y graciosa figura, reclinadas sobre los delfines esprimen sus pechos, de donde salta abundantemente el agua. Todo este monumento del arte es de bronce. Lástima grande que las casas que se encuentran en esta plaza sean de una construccion antigua, sin carácter y poco dignas.

En medio de la plaza de Santo Domingo hay una columna, y en su cúspide está la estatua del santo patriarca, fundador del orden de los predicadores, llevando una corona. En esta plaza hay una iglesia levantada bajo su invocacion. Todos los frescos son de Guido. El altar, sus bajos relieves, los adornos, todo es de mármol de Carrara esculpido con un arte infinito por diferentes autores. Allí hay cuadros de los primeros maestros de Italia, y una estatua de un ángel por Miguel Angel, que es una obra maestra y un asombro de escultura. En una capilla reposa el cuerpo de Santo Domingo, cuyo sepulcro es de mármol blanco con dos estatuas.

La iglesia de San Esteban se ve hoy sobre los restos de un antiguo templo consagrado á Isis. Su forma es extraordinaria, singular, y forma en cierta manera siete pequeñas iglesias, distintas unas de otras, de las que algunas son subterráneas. Consérvase en una de ellas una especie de fuente ó taza que se dice traída de Jerusalem, en la que, segun la tradicion, Pilatos se lavó las manos despues de haber condenado á Jesucristo, dando á entender al pueblo que él nada intervenia en este juicio.

La iglesia de San Bartolomé es mas bella y magestuosa que las dos anteriores. Tiene tres naves y cuatro capillas en cada nave lateral con muchos frescos debidos al célebre pincel de Franceschini que ha inmortalizado sobre sus muros los tormentos del santo mártir.

En otra plaza hay una columna donde se ve la estatua en bronce de la Virgen; el pueblo la llama la Virgen de Bolonia.

Una de las cosas principales que hace el viajero en Bolonia, es emprender una escursión á la montaña *de la Guardia*.

Después de haber atravesado muchas calles, se llega á la puerta de Zaragoza, nombre que los franceses la dieron; después se empieza á subir por un camino cubierto bajo seiscientos setenta y cuatro arcos, estando la subida ingeniosamente suavizada por escalones poco elevados de intervalo en intervalo, y por una especie de rampas que sirven para evitar la fatiga.

A medida que uno adelanta, la vista sobre la derecha es cada vez mas estensa, y por conguiente mas hermosa. Percíbese en medio de un inmenso llano el rio Reno, cuyas aguas alimentan un pequeño canal. Después de hora y cuarto de subir, se llega al peristilo de la capilla. Seis soberbias columnas de mármol forman un pórtico con tres arcos. A un lado de la puerta está San Lucas, que sobre un cuadro traza el retrato de la Virgen María. Al otro lado está San Marcos escribiendo su Evangelio. La iglesia no tiene mas que una sola nave y dos capillas á cada lado. Detrás del altar mayor, hay un monumento. Allí está colocado detrás de un cristal el retrato de la Virgen. Su color es el color moreno de una egipcia. Al lado, y un poco mas abajo, está el retrato del niño Jesus. Hay una tradición que se conserva en Bolonia al través de muchos siglos, y es que estos dos cuadros han sido dibujados por el evangelista San Lucas. Los marcos de estos cuadros son riquísimos, y se hallan cubiertos de piedras preciosas. La parte superior del cuadro es de mas precio que las otras. Estos objetos son mirados con la mas grande veneración por los boloneses.

Todas las familias de la ciudad al contraer matrimonio, prometen venir á hacer una visita dentro de un año á la Virgen de San Lucas. En las grandes calamidades como en los faustos sucesos públicos y privados, el pueblo de Bolonia acude á la *Madona* de San Lucas para implorar su favor ó para darle las gracias.

El monumento mas célebre de Bolonia, el que llega á noticia de todo viajero por poco instruido que sea, es el famoso campo santo, el cual se halla á una legua de distancia. Este campo santo fué establecido por los franceses en una antigua y soberbia cartuja, donde antes de 1792 vivían en la soledad y en la oración cincuenta religiosos. Nosotros hemos descrito el campo santo de Pisa; el inmenso cementerio de Bolonia es de un género enteramente distinto; el campo santo de Bolonia se aproxima mas á los de Francia y aun á los de España.

El claustro de esta cartuja es de una estension extraordinaria. Todo el terreno que dependía de ella y que se puede destinar á cementerio, viene á comprender milla y media de estension; una hermosa verja de hierro colocada sobre dos pilastras, da entrada á la parte donde se sepultan las personas que no quieren ó no pueden gastar. Esta porcion de terreno está dividido en cuatro cuadros. Los hombres se entierran á un lado y las mugeres á otro, los niños en el tercero y las niñas en el cuarto: Se pone al cuello de cada muerto una medalla de plomo, que sirve para indicar el nombre, para el caso en que mas tarde se quiera trasladar y levantarle un monumento cualquiera. El resto del terreno forma varias filas de arcos que se cruzan, y sobre estos anchos pórticos se alzan diversos monumentos. La mayor parte de ellos son de un

gusto perfecto, con emblemas interesantes, y algunos de una gran magnificencia. Vienen á ocupar cerca de doce pies, están colocados contra una pared, y debajo hay una bóveda,

Allí se encuentran mezcladas todas las condiciones; el filósofo al lado del grande, la noble señora al lado de la muger del pueblo; la oscuridad reunida á la celebridad eclipsada. En despiques del mármol y de los épitafios, la muerte ha nivelado todas las clases; allí yace la igualdad.

Bolonia es la segunda ciudad del estado eclesiástico. Los italianos la han llamado *Bolonia la grassa*, á causa de la fecundidad de su territorio. En los tiempos antiguos por la celebridad de su universidad y por su escuela de pintura, justamente celebrada, tenia una divisa característica, *Bolonia docet*.

La universidad de Bolonia trae su fundación desde el siglo V, siendo debida á Teodosio el Grande, y tambien después fué muy protegida por Carlo-Magno.

Es una universidad semiespañola, porque la España tiene en ella un famoso colegio llamado de San Clemente en donde se han educado hasta estos últimos tiempos una porcion de jóvenes de la misma nacion. Nosotros hemos visitado este colegio en el año de 1842, y no habia ningun colegial, no obstante conservarse las rentas que constituyen la dotación de este colegio. El obispo de la Habana, Fleix, nuestro condiscipulo, fué de los últimos colegiales que allí se han educado.

La universidad de Bolonia siempre ha sido célebre en el mundo. Posee una riquísima biblioteca, un gabinete de fisica, colecciones de historia natural, y una gran sala anatómica. En esta universidad han sido profesores Bartolo, Accursio, Cassini, Aldrobandi, Malpighi y Galvani, el célebre inventor del galvanismo, quien tiene allí su sepulcro.

En esta universidad se conserva el retrato en mosaico del papa Benedicto XIV, el célebre Lambertini, aquel de quien sus contemporáneos escribieron sobre la estatua de Pasquini *magnus in folio, sed parvus in solio*, porque á su inmenso saber, á su erudición vastísima, no correspondía la firmeza de carácter que deseaban sus parciales, porque su carácter era naturalmente conciliador.

Bolonia no es menos célebre en la pintura que en las letras. Allí nacieron los tres Carrace, Luis, Agustín y Annibal, el Guido, el Güercino, el Albano, el Dominichino, el Argarde y ese Juan de Bolonia que ha alcanzado el nombre del segundo Miguel Angel, y que ha dejado en su patria la magnífica fuente del Gigante, donde un neptuno grandioso respira bajo el bronce.

Cada iglesia, cada convento, y son muy numerosos, encierra un tesoro en pinturas. Hemos visto muchas de Rafael y del Ticiano, de las cuales los ciceroni no dejaban de decirnos con gravedad que habian sido llevadas á Francia, lo cual realizaba á sus ojos su mérito: *podesto quadro, signore, ha abutto l'onore de andare á Parigi*; este cuadro, señor, ha tenido el honor de ir á París.

La iglesia de San Petronio, aunque no es la catedral de Bolonia, es la mas grande, la mas bella y la mas importante; es una iglesia que la eclipsa enteramente. San Petronio es el patron de los boloneses. Esta iglesia, aun sin concluirse, presenta una vasta nave gótica, en la que se ve el meridiano establecido por Casini en 1655. Tiene trescientos pies de largo, y ciento veinte de ancho. Entrase en ella por

una escalinata de catorce escalones, y los adornos de sus puertas tienen cincuenta pies de alto. Los boloneses rinden un culto especial á este santo, siendo su iglesia la mas frecuentada, y en donde el legado asiste á las ceremonias con el senado bolonés.

La catedral, dedicada á San Pedro y á San Pablo, es mediana. Su arquitectura es del órden corintio; el pórtico, hermosísimo por fuera, es aun mas bello por dentro; el altar es de mármol ordinario; la reja que separa el coro de la nave principal, es rica en dorados en bronce, y el trabajo esquisito; cuatro grandes ventanas iluminan el trascoro, cuya bóveda es mas baja que la de la nave; hay en ella muy buenas pinturas.

La mayor parte de las casas de Bolonia son de piedra ó de ladrillo revestido de piedra. Hay algunas muy bellas, á las que se les da la denominación tan comun en Italia de *Palazzo*, título mas generalmente usurpado por el orgullo que justificado por la apariencia exterior; Bolonia es de las ciudades que tienen realmente menos palacios. Sin embargo, nosotros contemplamos uno de esquisito gusto en el exterior, y que en su fachada principal tiene grabada esta inscripcion sintética:

non dominus domo, el amo no es para la casa,
sed domus domino. sino la casa para el amo.

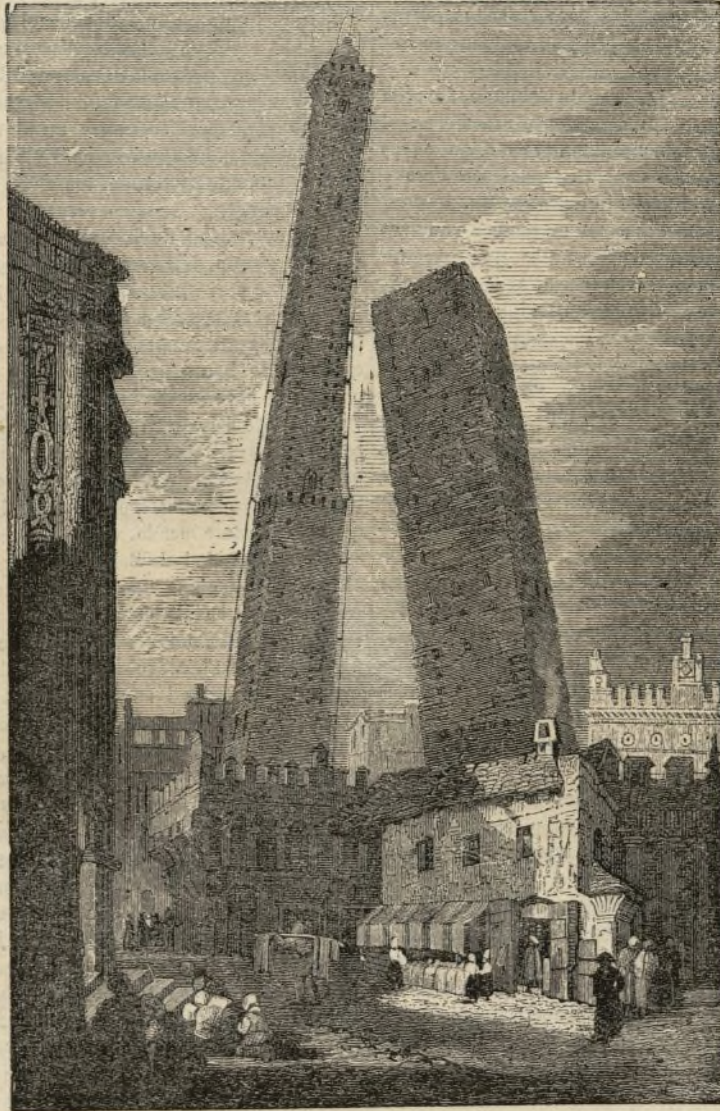
Este palacio ha sido edificado por el príncipe reinante de la música moderna, el cual ha proyectado acabar sus dias en Bolonia. Este es Rossini, cuyo númen se reveló primero por la ópera del *Barbero de Sevilla*, y cuyo último acento lírico ha sido consagrado, en los momentos de agi-

tacion y de entusiasmo que produjo el reinado de Pio IX, á la composicion de un himno dedicado á este augusto pontífice, himno que en breve fué popular, que se cantaba en Roma y en toda Italia, y que se trasmitió rápidamente por toda Europa. Los boloneses son furiosamente fanáticos por la música; así es que el teatro de Bolonia es uno de los mas bellos que pueden verse en el mundo. El legado, especie de capitan general de la provincia, tiene en él un palco enfrente de la escena; no sabemos si se aprovecha de este privilegio, pues es un cardenal.

Bolonia se halla situada al pie de los Apeninos, cuya falda comienza en esta ciudad formando una barrera natural entre los campos de la Lombardia y el valle del Arno. Al principio de esta falda se halla el santuario de la Madona de San Lucas, que hemos descrito. Su poblacion es de cincuenta á sesenta mil habitantes; empero la ciudad presenta el aspecto de una ciudad tranquila, sin animacion y casi muerta, porque es demasiado estenso su radio para tan pocos habitantes. Hay riqueza; el comercio, empero, prospera poco. No se encuentran mendigos, porque la

administracion de la policia es buena. Carece de paseos públicos en el interior y en el exterior; así es que los habitantes cambian á menudo de paseo, saliendo fuera de las murallas por las riberas agradables que conducen á las colinas inmediatas llenas de casas de campo que recrean la vista con su hermosa perspectiva viéndose por todas partes las cadenas de los Apeninos.

EL CONDE DE FABRAQUER.



Vista de Bolonia.

GLORIAS DE ESPAÑA.



Tira de la espada y se adelanta hácia sus hijas ...

GARCÍA RAMÍREZ DE MADRID

I.

Luego que los árabes, invasores de la España, acabaron en las márgenes del Guadalete con la antigua monarquía de los godos, despues de una de las mas largas y reñidas batallas de que hace mención la historia, se esparcieron con prontitud por todo el territorio de la Peninsula, bien persuadidos de que no habian de hallar obstáculo tan insuperable que se opusiese á su completa dominacion. Y no porque estuviere estinguido el valor en el pecho de los godos ó les faltasen elementos de resistencia; pero la España toda estaba sobrecogida de espanto, y antes de que volviese en sí de su estupor, antes de que apareciese de nuevo el rey don Rodrigo, cuyo paradero se ignoraba, los árabes tenían buen cuidado de aprovechar su victoria, cuyo prestigio les daba entonces una fuerza irresistible. Así de pro-

TOMO X.

vincia en provincia y de ciudad en ciudad, llegaron al centro de la España, mucho antes de que terminasen los siete meses que emplearon en su total conquista. Casi en el centro de España se hallaba la poblacion de *Madrid*, á la que los árabes llamaron *Magerit*, en sitio montuoso, selvático y abundante de aguas. La poblacion era ya de alguna importancia, fortificada por la naturaleza mediante el declive del terreno, y por el arte, pues estaba amurallada; pero á pesar de estas ventajas los infieles tardaron poco en apoderarse de ella, pues los habitantes conocian que una defensa temeraria á ningun buen resultado les habia de conducir.

Dueños los árabes de Madrid, trataron con tanta benignidad á los habitantes, que les permitieron quedarse libremente en el pueblo, seguir su religion cristiana y aun congregarse para el culto público que ella previene; pero habia en Madrid muchos y muy pundonorosos caballeros que tenían por mengua todo contacto con los vencedores, y que salieron del pueblo para retirarse á donde mejor les convenia, segun estaba pactado en una de las condiciones para

15

la entrega de la plaza. Uno de estos nobles caballeros era Gracian ó García Ramirez, hombre sinceramente devoto en aquellos tiempos en que tanto menoscabo sufría la religion, y que conolido de esto y de la pérdida de su patria y de su casa, pues habia nacido en Madrid, le abandonó así que cayó en poder de los infieles, y se retiró á un pequeño castillo ó casa fuerte que poseia en el centro de varias tierras sobre las cuestas del rio Jarama y no lejos de Rivas. Allí, en compañía de su esposa, de dos hijas y de todas las buenas gentes que de él dependian, vivia retirado, sintiendo los males de la patria, sin mas consuelo que adelantarse algunas veces hasta divisar las torres y edificios de Madrid, y llegarse, no sin grande esposicion, á adorar en su abandonado santuario á la sagrada imágen de Nuestra Señora, que habia sido objeto del culto constante de los madrileños. ¡Cuál no fué su asombro y su desconsuelo cuando al llegar una vez á visitar á la Virgen, no la halló en su altar acostumbrado! Desde luego se figuró que los infieles habian profanado la sagrada imágen: y ya se volvía con tan amarga pesadumbre, cuando tuvo la dicha de encontrar á la santa virgen oculta entre unas matas de la planta llamada *Atocha*. Apeóse del caballo, y postrado en tierra, adoró devotísimamente la imágen, sin atreverse á tocarla ni á llevarla á su casa, como hubiera deseado, por interpretar cristianamente que la voluntad de la Divina Señora era la de que su imágen permaneciese allí.

II.

Con la noticia del hallazgo de la imágen, hubo grande regocijo en toda la familia de don García, y su esposa é hijas quisieron tambien venir á adorar á su patrona. Pero el verla tan abandonada y tan espuesta á la intemperie, movió á todos á grande compasion, y ya que el trasladar la santa imágen fuese imposible, resolvió el piadoso don García que se la fabricase allí una pobre capillita, que por lo menos la defendiese del temporal. Estaba muy distante de imaginar que una empresa tan sencilla habia de alarmar extraordinariamente á los infieles, y que ellos, tan tolerantes con los nuevos súbditos en las ciudades rendidas, habian de venir á destruir aquel pobre reparo; pero sin duda se le imaginaron fortaleza inespugnable para guarida de sus enemigos, y así, precisamente cuando don García iba á instalar la imágen en su nueva capilla, ya casi concluida, tocaron á las armas y salieron de Madrid con gran furia para arrasrar aquellas paredes y aniquilar á los que las habian levantado.

Cuando don García vió venir de improviso y con ademán amenazador los escuadrones de los infieles, conoció que todo estaba perdido; pero sin embargo, ocultando su desesperacion, empezó á dar sus órdenes con la mayor tranquilidad, y reunió su gente de armas, criados y peones que habian trabajado en la obra, para esperar á los enemigos, animándolos con sus palabras y manifestando todos valor y confianza á pesar de que todos sabian que allí iban á morir por su religion y por no presenciar los ultrajes que habia de recibir su imágen predilecta. Sentíase don García con sobrado valor para morir á la cabeza de aquellos leales y buenos servidores; pero todo su valor le abandonaba solo con la idea de dejar allí á su esposa y á sus dos queridas hijas abandonadas á la barbarie y cruel-

dad de los vencedores. Dirigiólas una triste mirada, y con aparente calma las intimó que se retirasen á la capilla, donde muriesen al menos ante el altar de la Virgen, que las ampararia en tan amargo trance; pero ellas á una voz clamaron:

—Si es cierta nuestra perdicion, no nos dejes aqui para ser afrentadas y ultrajadas por los feroces enemigos: dadnos primero la muerte.

—Solo tu espada, dijo con entereza la noble matrona, puede hoy salvar el honor de tu esposa y de tus hijas.

Don García en el colmo de la desesperacion, y conociendo que no ha de escapar en aquella triste jornada ninguno de la familia, tira de la espada y se adelanta fuera de sí hácia sus hijas, ellas al ver brillar el acero sobre sus cabezas, á pesar de su resolucion, se consternan y se agrupan al pie del altar; pero don García no sabe donde descargar el golpe, una nube ofusca su vista y un inusitado temor paraliza su brazo. Oye entonces una voz extraña y misteriosa que le dice:

—Insensato, ¿crees acaso que sin tí no podrá el Omnipotente proteger á tu familia? Sal pronto á combatir por tu creencia y por tu honor. Dios nunca abandona á los que en él confian.

Las gentes de don García, recelando una escena atroz no se atrevian á penetrar en el reducido recinto de la capilla; pero acosadas por los árabes que ya estaban encima, se replegaban hácia la puerta en demanda de su gefe, cuando le ven salir pálido y con la espada en la mano, cruzar por enmedio de ellos despavorido y con direccion á los enemigos, pronunciando tan solo estas palabras:

—Ahora, ¡vamos á morir nosotros tambien!

III.

Trabóse al instante muy reñida escaramuza entre la pequeña hueste de don García, y los árabes tan sorprendidos como coléricos de que aquellos pocos hombres temerarios osasen resistirles. Era efectivamente una verdadera temeridad, que pocos hombres y mal armados se atreviesen á contrarrestar el poder de tantos y tan encarnizados enemigos; pero los cristianos, confiados en el favor divino, arremetieron con valor, del que hicieron verdaderos prodigios en aquel día. Acaudillados por el intrépido don García y movidos con su ejemplo mas que con sus palabras, combatieron con tanta actividad como furor, y el resultado fué rechazar á los infieles. El desaliento que en sus filas se introdujo, la pérdida que tuvieron y el desórden con que á la poblacion se retiraron, fueron un verdadero prodigio del cielo en favor de los cristianos: prodigio continuado en los sucesivos tiempos, durante los cuales jamás los sarracenos se atrevieron á inquietar á los que venian á cuidar y reverenciar la sagrada imágen.

Conseguida la victoria, nadie se atrevía á prorumpir en demostraciones de júbilo, al acordarse de las infelices mugeres á quienes se creia las verdaderas victimas de aquel día: nadie se atrevía á dirigir la palabra al afligido esposo y padre, que así que se vió libre de los enemigos, se encaminó precipitadamente á la capilla lleno de incertidumbre y afliccion, pues solo conservaba una idea vaga de lo que allí habia pasado. ¡Cuál no fué la sorpresa de todos al ver aparecer sanas y salvas á la esposa é hijas de don García

que se arrojaron á su cuello llenas de gozo, que bendicen á la madre de Dios, yendo todos á prosternarse ante el altar, reconociendo tan gran merced y dándola gracias por ella.

Este suceso maravilloso, conservado por la tradicion constante del pueblo madrileño, mas que por verdaderas memorias históricas, acrecentó la devocion á aquella imagen que ya era entonces de antiguo é ignorado origen, é hizo que el primitivo y pobre santuario se convirtiese, primero en lujosa capilla y despues en magnifico templo, varias veces restaurado, y en el que los monarcas de España han hecho alarde de su proverbial devocion, y al que el pueblo castellano ha acudido siempre en todas sus aflicciones á invocar á la Virgen de Atócha como á su escelsa protectora y tutelar patrona.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

LAS CARTAS.

Hay momentos en la vida en que sin querer filosofamos. Cuando se ha pasado por una situacion violenta, cuando hemos sufrido una de esas amarguras que forman poco á poco la existencia del hombre, nos damos á filosofar con el empeño que se da á charlar un beodo. En los cortos instantes de felicidad, que pueden contarse como los dias de sol claro en los tristes meses del invierno, ni filosofamos ni discutimos. Analizar el placer es destruirle, porque el analisis es hijo de la fria razon, y la felicidad no tiene razones. Las almas apocadas y vulgares se embriagan con la dicha y se idiotizan con los males: no tiene valor ni serenidad para sufrirlos, y doblegan su cerviz á ellos por carecer de la precisa fuerza de voluntad para inspeccionarlos. El padecer tiene para las almas grandes sus buenos ratos: cuando terminada la crisis viene la reaccion, se analiza el mal y se discuten con fria calma sus consecuencias. Como el médico que á fuerza de curar ó de matar examina á un enfermo sin interés, asi nuestro corazon desmenuza sus sufrimientos cuando ya está avezado á ellos, como se lee un programa de gobierno ó un prospecto de periódico.

En estos instantes la filosofia viene á embargar nuestra razon y á pitnarnos los objetos tales como son, y no como nosotros nos los figurábamos. Si la filosofia es la madre de la ciencia, nadie mas sábio que un desdichado. Esto, que parece una paradoja, no es sino una verdad. Generalmente los grandes hombres no han sido felices, porque la felicidad mata nuestras ideas, como el vino embota nuestros sentidos. El que goza no piensa, ó mejor dicho, el que no piensa goza. Los estúpidos son tan felices, que hasta el mismo Dios los ha señalado despues de su muerte un ancho y espacioso sitio en el sagrado reino de los cielos.

La vida no es sueño, como dice Calderon, ¡ojalá lo fuerat el sueño es la felicidad; cuando disfrutamos soñamos, cuando sufrimos vivimos. ¡No os apureis, suelen decirnos los que pretenden consolarnos, todo lo cura el tiempo! ¡El tiempo! No; el tiempo cura los pequeños malos ratos y los dolores de muelas, si no son muy fuertes. Pero las enfermedades crónicas de nuestra organizacion y las grandes penas no se

curan. Esas huellas profundas que hace en nuestro corazon una gran desgracia, solo desaparecen cuando la seca arena del sepulcro las ha borrado. He ahí la simbolizacion del tiempo que ha de terminar nuestros males. ¡El sepulcro! grato lugar, tranquilo y sereno donde la voz humana no penetra, donde la mentira social, que nada perdona, tiene tambien su tumba en el epitafio. *Ha nacido Fulano*, es la primer mentira que se alberga en una fé de bautismo, y *aquí yace un hombre*, es la última que se estampa en un epitafio. Allí no yace el hombre, lo que allí existe es la felicidad. La esperancia se queda tambien á las puertas del cementerio.

En el terreno filosófico hay término: hemos llegado ya á donde no podemos pasar. Volvamos á la tierra. Cuando sufrimos nos parecemos á Dios en formar montes de la nada. Una flor, un papel nos causa una sensacion desagradable, vemos un mundo en la hoja de un árbol y una existencia entera en un suspiro. Sin duda estaré yo en uno de esos momentos, porque una carta que acabo de recibir me ha sugerido las anteriores reflexiones y las que deben seguiras. Al examinar esos signos que llamamos letras, me han parecido unos conjuros mágicos con los que los sábios antiguos evocaban á Satanás. ¡Cuántas inocentes combinaciones de rasgos heterogéneos han llevado á la hoguera á hombres que sabian mas que los que los precipitaban en éllat

He querido leer la carta, y no la he entendido. He visto solo las rayas; pero me ha faltado inteligencia para combinarlas... ¿Qué es una carta?

Una carta es un editor responsable de nuestras mentiras. Hay personas que todavia se ruborizan cuando mienten hablando, y encomiendan el encargo á un papel. Una carta no se ruboriza, mente á mansalva, es un escudo impenetrable á las flechas de los enemigos.

En todas las cosas cabe la clasificacion, y nadie me disputará que las cartas son cosas. Clasifiquémoslas, pues.

Empezaremos por las de pésame, y acabaremos con las de amor. Comenzaremos, pues, por cosas de llanto y acabaremos por cosa de risa, si es que el amor es cosa de algo.

Abren la marcha, segun mi cálculo, las cartas de pésame y la cierran las de amor. Empezaré por lo sublime y acabaré por lo ridiculo. El pésame es cosa de llanto, y el amor es cosa de risa, si es que el amor es cosa de algo.

Las cartas de pésame deben ser cortas. Como á nadie le importan los males que otro sufre, hay poco que decir. Las circulares de pésame se reducen á manifestar que Dios es Dios, y que Mahoma es su profeta; esto es, que en el mundo hay que tomar el tiempo conforme viene, y que el que sufre debe consolarse si no quiere aburrirse, lo cual es bastante tonto y poco conforme con las prácticas sociales.

«Amigo mio: es inútil decir el pesar que siente mi corazon al saber el dolor que le aflige. *Dios lo ha querido*. Debe vd., sin embargo, considerar que tambien el mal tiene limites y que, etc., etc...»

Estas cartas deben escribirse siempre despues de almorzar.

Si el que escribe la carta es el heredero del difunto y comunica la noticia á sus amigos, entonces se permite que se estienda á elogiar las virtudes del muerto, de cuya pér-

dida no se consolará mientras dure un real de la herencia. Gastada ésta... podía haber tenido el que fué... mejor carácter... mas economía, cierto que tenía buen fondo, pero su genio era violento y sus maneras bruscas. En esto hay también su escala. El que deja una herencia de mil duros era un hombre de bien, el que lega cinco, mil era un sábio, el que deja veinte mil un héroe. En pasando de un millon el difunto era un Dios. El papel en que se escriben estas cartas deben tener un filete negro tanto mayor cuanto es mas grande la herencia; siendo esta cuantiosa, se debe verter el tintero encima de lo escrito para demostrar mejor el sentimiento; se echan unas gotas de agua para que parezcan lágrimas y todo queda corriente.

A las cartas de pésame siguen las de negocios. Estas se reducen á dos: la del que pide un favor y la del que le niega, porque para concederle no se necesita escribir. El que pide, debe escribir muy bien, la letra debe ser correcta y clara para que no dé lugar á interpretaciones.

«Señor don F. de Tal.

Muy señor mio, de toda mi consideracion y aprecio: no acudiria á vd. si no estuviese convencido de las brillantes cualidades que le adornan. Su buen corazon, etc., etc.»

En llegando á esta parte debe tirarse la carta y contestar con muy mala letra, como si estuviera uno muy ocupado.

Amigo mio: Siento mucho... y lo demas que sigue.

Asi como las cartas de pésame deben escribirse despues de almorzar, éstas se escriben antes de comer; el hambre aguza los sentidos y da mas elocuencia al pensamiento.

Hay cartas de negocios de otro calibre. Las de minas, por ejemplo. El director de la empresa debe escribir á los accionistas cuatro pliegos lo menos, explicando las diversas fases del filon y la magnificencia de las operaciones....

Se recomienda la lectura del *Minero español*, obra del Señor Don Nicasio Anton del Valle.

Estas cartas se contestan mandando siempre el correspondiente dividendido.

Ademas de las de minas existen las de comercio; estas son las mejores: *Te doy; dame*; dos y dos cuatro... quien de veinte y cinco quita veinte y cinco, se lleva todo: quien de catorce deja catorce, es un estúpido y no se lleva nada.

Despues de las cartas de negocios van las de recomendacion. Estas son titulos de deuda sin interés. Una carta de recomendacion es la peor recomendacion que puede buscar el hombre; esta carta parece una y son dos. La primera se da al interesado, la segunda va dirigida á aquel á quien se recomienda, advirtiéndole que no haga caso. Ejemplo:

Amigo Gaspar: el dador es un gran hombre; te le recomiendo; es un sábio: haz lo que puedas por él.

Amigo Gaspar: hoy te presentarán una carta mia: el dador es un hombre muy pequeño: no le hagas caso: es un ignorante. Deshazte de él como puedas.

Esa es la carta de Urias.

Las cartas de recomendacion deben escribirse siempre y no leerse nunca. Hay un modelo de estas circulares que vale un imperio. En medio pliego de papel se colocan unos cuantos billetes de banco, y en forma de carta se entrega al que uno quiere que le favorezca ó le ayude.

Una carta en esta forma se lee siempre, y se entiende por intuicion.

Las cartas de enhorabuena no tienen pauta; se escriben *ad libitum*. Cortas siempre, porque el que las escribe enviaba la suerte de aquel á quien van dirigidas.

Las cartas de amor se escriben soñando.

He llegado á donde no queria llegar. Por talento que tenga un historiador, mira con repugnancia ciertos hechos históricos; hay enfermedades que dan asco al médico mas experimentado, y asi, hay para el filósofo pensamientos y tesis que repele nuestra razon y rechaza nuestra inteligencia. Las cartas de amor son un cambio recíproco de mentiras mútuas. Es preciso advertir, sin embargo, que asi como es difícil hallar dos almas de un mismo temple y dos fisonomias iguales, asi tambien es casi imposible que se amen dos seres con igual fuerza. Si las cartas del uno son mentiras tacitas, las del otro son farsas esplicitas. Hay hombres que escriben con el corazon, y mugeres que lo hacen con el talento; una muger de talento es un sinapismo que nos incomoda mientras le tenemos y nos deja la señal despues de quitárnosle. Las cartas de una muger de talento no tienen precio. Fingen con verdad admirable, engañan con una apariencia arrebatadora: de esto resulta que hay mugeres que conservan las cartas que han escrito á sus amantes como un noble guarda su escudo de armas.

Las cartas de amor tienen mil frases. En el amor no debe haber dos dias iguales. Pararse es retroceder; ó se asciende ó se descende; en llegando á parecerse un dia á otro, ya no hay existencia amorosa, ya no hay calórico suficiente. Las mugeres orgullosas manifiestan pocas veces en sus cartas los trámites de su pasion. Perdonan cuando el hombre se arrepiente; pero no se arrepienten ellas nunca; asi es, que en todas las cartas de una muger orgullosa se oirán quejas, no súplicas. La muger orgullosa teme ajar su dignidad con una palabra humilde, como el portugués que dejaba de montar un caballo porque temia aplastarle. Generalmente las mugeres presuntuosas se equivocan siempre. Cuando el hombre que las ama las hace llorar dos veces, consiste, segun ellas, en que su carácter no congenia con el suyo. Precisamente es lo contrario. Entre dos personas de distinto carácter, no hay lucha: hay la que manda y la que obedece, la que da el impulso y la que corre. La lucha nace de la semejanza. Asi las bolas de billar se encuentran y se rechazan á un tiempo por que son iguales; sino la mayor haria rodar mas á la mas pequeña. Para la muger todo lo que no sea mandar es un suplicio. Asi es que las cartas de una muger tienen mas de reales órdenes que de frases de cariño. Pero llega un tiempo en que la muger ó el hombre se cansa y vuelven las cartas á su respectivos dueños. Entonces ¡con cuánta desprecio se recuerdan las frases embusteras del que causa el rompimiento! Las cartas de amor empiezan causando entusiasmo; se leen luego con miedo, se entregan con indiferencia y se recuerdan con asco. Hay algunas cartas de muger que tienen lágrimas. Pero las lágrimas de las mugeres son como las cartas de recomendacion; sabe uno ya de antemano que no debe hacer caso de ellas.

L. M. DE LARRA.

AMÉRICA DEL SUR.

LAS PRIMERAS NAVES DE LA MARINA MEJICANA.

I.

DE LA ISLA GUAJAN A ACAPULCO.—ARRIBADA.

El 48 de octubre de 1825, dos navios, *el Asia*, buque de alto bordo, y *la Constancia*, brick de ocho cañones, arribaron á la isla de Guajan, una de las Marianas. Ya hacia seis meses que habian dejado á España, y la tripulacion, mal-alimentada, mal pagada, llena de fatiga y de cansancio concebía sordamente proyectos de insurreccion; los síntomas de la indisciplina habian ya aparecido á bordo de *la Constancia*, mandada por el capitán Ortega, hombre de hierro, á quien no intimidaban nunca los peligros de la mas desecha borrasca. Averias graves, imprevistas é inesperadas, habian detenido al brick en su travesía, y obligado al *Asia*, mandada por don Roque de Guzarte, á arribar con aquel buque. Una noche la aguja se había roto, no se sabe de qué manera; otra los obenques de trinquete fueron cortados, y el mástil caía con todo su aparejo.

A la isla de Guajan, dependiente, como las Marianas, de la capitania general de Filipinas, fué donde arribaron los españoles con objeto de reparar sus averias.

El capitán Ortega instruyó á don Roque del atentado de indisciplina que habia observado á bordo de su buque, y ambos capitanes redoblaron su vigilancia y su severidad.

Ortega vigilaba con especialidad á dos hombres de su tripulacion; el primero era el teniente Martinez, el que habiendo comprometido muchas veces su dignidad de oficial en los conciliábulos con la gente de proa, le habian confinado á su camarote, y mientras cumplia su condena, el aspirante Pablo ejercía las funciones de teniente de *la Constancia*. El segundo, el gaviero José, hombre vil y despreciable, que vendía todos sus sentimientos á peso de oro, se encontraba estraordinariamente vigilado por el honrado contraestre Jacobo, en quien el capitán Ortega habia depositado toda su confianza.

Mientras que los oficiales del brick ponian los medios para triunfar del espíritu de discordia, Martinez, José y los demas adelantaban en su proyecto de sublevacion y rebeldía.

La vispera para darse á la vela, el teniente se encontraba en una taberna con los contraestres y los marineros de las dos tripulaciones.

—Camaradas, decia Martinez, merced á mis prudentes averias, el brick ha arribado y yo he podido reunirme y hablar con vosotros.

—¡Bravo! gritó la asamblea.

—He aqui mi plan: nos apoderamos de ambas naves y barloventamos hácia la costa de Méjico. La nueva confederacion, desprovista de marina, comprará á cualquier precio nuestros vageles, y no solo arreglaremos de este modo nuestras cuentas, sino que el sobrante del precio lo repartiremos por partes iguales.

—Convenido.

—Se lanza un cohete de cabrestante que sirva de señal.

—Cuando lleguemos á la altura de la isla de Mindanao.

—Pero, ¿cómo recibirán los mejicanos nuestras naves? preguntó el gaviero José; la república ha dado un decreto que manda vigilar á todos los españoles.

—Nos haremos reconocer desde lejos, replicó Martinez, enarbolando la bandera mejicana.

Y Martinez desplegó un pabellon verde, blanco y rojo. Un friosilencio acogió el emblema de la independencia mejicana.

—¿Sentís no ver la bandera española? dijo el teniente en tono burlon. Id entonces á virar viento en popa bajo las órdenes del capitán Ortega. En marcha, camaradas. Nuestros estados mayores cuentan, con los vientos aliseos, vogar hácia las islas de la Sonda; pero nosotros les haremos ver que se puede sin su ciencia y su crueldad correr bordadas contra los monzones del Océano Pacífico.

Las gentes de este conciliábulo secreto se separaron, y por diferentes puntos volvieron á sus respectivas embarcaciones.

Al dia siguiente, *el Asia* y *la Constancia* levaron áncora, y dirigiéndose hácia el S. O. se encaminaron á toda vela á la Nueva Holanda. Martinez, aun cuando muy vigilado, habia vuelto á ejercer sus funciones.

Sin embargo, el capitán Ortega se hallaba preocupado de siniestros presentimientos; descubria la eminente caída de la marina española; su gran corazón no podia acostumbrarse á los sucesivos reveses que humillaban nuestro pais, á quien habia dado el último golpe la revolucion de los estados mejicanos. Con mucha frecuencia se ocupaba con Pablo de estas cuestiones de honor.

—Hijo mio, le decia, nosotros sucumbiremos en la lucha cualquiera traicion indigna me privará de la vida; pero tú me vengarás ¿no es verdad? para vengar á España.

—Os lo juro, respondia Pablo.

—No te hagas enemigo de nadie á mi bordo; tu graduacion no te obliga á ello, y acuérdate que en esta desgraciada época hay un papel todavía que desempeñar, mas ventajoso que el de servir á su pais, y es el de cambiar su patriotismo en odio, y el de castigar á los miserables que hacen traiciones.

—Yo os prometo morir á vuestro lado, respondia Pablo, y el orgullo encendía sus ojos á pesar de las lágrimas que los velaban.

Ya hacia tres dias que los buques habian dejado las Marianas; *la Constancia* caminaba viento en popa á merced de una brisa favorable. Graciosa, alerta, cortaba el agua dejando una senda espumosa y pintoresca.

—Doce nudos, teniente, decia una tarde el aspirante Pablo á Martinez; si continuamos este rumbo con el mismo viento no será muy larga la travesía.

—Dios lo quiera; pero hemos sufrido mucho para que suframos mas todavía.

El gaviero José estaba en este momento cerca de la popa.

No tardaremos en ver tierra, dijo en voz alta al teniente.

—La isla de Mindanao, dijo el aspirante. Nos hallamos á ciento cuarenta grados de longitud y ocho de latitud, y si no me equivoco esta isla está por...

—Ciento cuarenta grados, cuarenta minutos de longitud, y siete grados de latitud Norte, replicó vivamente Martinez.

José levantó la cabeza y se dirigió hácia la proa.

—¿Perteneceis al cuarto vigilante de media noche, Pablo?

—Sí, teniente.

—Son las seis, y no quiero deteneros.

Martínez quedó solo sobre la toldilla; dirigió la vista hácia *el Asia*, que navegaba bajo el mismo viento del brick; la tarde era magnífica, y presagiaba una de esas noches frescas y calmosas de los trópicos. El teniente buscó al través de la sombra los hombres del cuarto vigilante, y reconoció á José y á otros con quienes habia hablado en la isla de Guajan. Martínez se aproximó al hombre que llevaba el timon, y le dijo solamente dos palabras. Sin embargo, se notaba que la barra se habia puesto un poco mas á viento, al mismo tiempo que el brick no tardó en aproximarse sensiblemente al navío de línea.

Contra su costumbre, Martínez se paseaba al aire libre, mirando *al Asia* mas que á nada; inquieto, atormentado, llevaba de una á la otra mano la bocina.

De repente se oyó una fuerte detonacion en la nave.

—Amarra pronto el velacho, exclamó Martínez.

—Adelante, camaradas, replicó José, y se lanzaron en las hechaduras.

—Preparaos á cargar las mayores.

Otros marineros se precipitaren sobre las cuerdas.

Ortega apareció sobre el puente, seguido de sus oficiales. Martínez se lanzó al castillo de proa.

—¡Alto todo el mundo! gritó el capitán.

Nuevas detonaciones y mas frecuentes se oyeron á bordo de *el Asia*.

—¡Braza las gaviás! mandó Martínez. La tripulacion obedeció.

—¿Quién ha dado órden de poner en facha? preguntó Ortega con calma.

—¡El timon á la banda! gritó Martínez.

Le obedecieron, y el viento sacudiendo las velas en distintas direcciones, mantuvo el brick casi inmóvil.

—¡Á mí mis valientes! gritó Ortega.

—¡Muera el comandante! gritó Martínez.

Pablo y los oficiales desnudaron sus espadas y echaron mano á las pistolas. Algunos marineros con Jacobo á la cabeza se precipitaron para sostenerlos; pero detenidos por los amotinados, fueron desarmados y atados. Los soldados de marina y la tripulacion se formaron en hilera en toda la longitud del buque, y se adelantaron contra el estado mayor. Los valientes, arrinconados en la toldilla, no les quedaba mas que un partido que tomar; se precipitaron sobre los sublevados, y Ortega apuntó con su pistola al rebelde Martínez.

En este momento se lanzó un cohete á bordo de *el Asia*.

—¡Victoria! exclamó Martínez.

La bala de Ortega se perdió en el espacio; esta escena nocturna no fué muy duradera; el capitán atacó cuerpo á cuerpo á su teniente; pero vencido por la superioridad numérica, y gravemente herido, se hicieron dueños de su persona y de su valiente estado mayor. Se izaron faroles que correspondieron con los de *el Asia*, á cuyo bordo habia estallado y triunfado una insurreccion igual; los oficiales fueron amarrados y lanzados en tropel en la cámara del consejo.

Pero la vista de la sangre reavivó los instintos feroces, y no bastaba haber vencido, era necesario matar.

—¡Que se degüellen! exclamaron algunos furiosos. ¡Mue-
ran, que hombre muerto no habla!

Y Martínez, á la cabeza de los sanguinarios amotinados, se precipitó en la cámara fatal; pero el resto de la tripulacion se opuso á semejante crueldad, y se salvó el estado mayor.

—Traed á Ortega sobre cubierta, mandó Martínez.

Le obedecieron.

—Ortega, dijo Martínez, yo mando estas dos naves; don Roque es mi prisionero como tú: mañana os dejaremos en una costa desierta, y seguiremos nuestro rumbo hácia los puertos de Méjico, y estas naves serán vendidas al gobierno republicano.

—¡Traidor! exclamó Ortega.

—¡Largo las mayores, ceñid cuanto se pueda las gaviás! ¡Amarrad á ese hombre en la toldilla! dijo señalando á Ortega, y le obedecieron.

—Los demas á la bodega. Prepárense á virar por sotavento; largo las escotas de foque; ánimo, camaradas.

La maniobra se ejecutó prontamente, y el capitán Ortega se halló desde este momento á sotavento y cubierto por la cangreja; pero aun se oia su voz atronadora llamar á su teniente infame y traidor. Martínez enfurecido se arrojó sobre la toldilla con una hacha en la mano; mas le impidieron aproximarse al capitán; pero con su mano vigorosa cortó las escotas de la cangreja, y el botalon, impulsado por la violencia del viento, llegó fuertemente hasta Ortega y le rompió el cráneo.

En este momento se oyó un grito de horror en la nave.

—¡Muerte casual! ¡mejor! dijo Martínez dando una risotada irónica.

—Arrojadle al mar, añadió tranquilamente.

Y tambien le obedecieron.

Las dos naves volvieron á tomar su rumbo con direccion á las playas mejicanas, y á la mañana siguiente distinguieron un islote; se echaron las lanchas, y los oficiales, excepto el aspirante Pablo y el contramaestre Jacobo, que se unieron silenciosamente al partido de los vencedores, fueron arrojados sobre aquella costa desierta; pero pronto recogidos por un ballenero inglés y trasportados á Manila.

¿Por qué razon Pablo y Jacobo se pasaban al campo de los sublevados? Los dos habian llorado la muerte del capitán Ortega.—Esperemos para juzgarlos.

Quince dias despues los dos buques arribaban en la bahía de Monterey, al Norte de Méjico y de la antigua California. Martínez hizo saber sus intentos al comandante militar; ofreció entregar á Méjico, privado de Marina, las dos naves con sus municiones y armamentos de guerra, y de poner la tripulacion bajo el mando de la república. En cambio esta debía pagar todo cuanto le debian desde la partida de España. El gobernador dijo que no tenia los poderes necesarios para terminar esta negociacion, y obligó á Martínez á dirigirse á Méjico, y este, dejando *el Asia* en Monterey, despues de un mes consagrado á los placeres mas desordenados, se embarcó en *la Constanca*. Pablo, Jacobo y José componian parte de la tripulacion, y el buque, bogando á vela tendida se encaminó al puerto de Acapulco.

II.

DE ACAFULCO A CIGUALAN.

De los cuatro puertos que Méjico tiene abiertos en el océano pacífico, San Blas, Zacatula, Tehuantepec y Acapul-

to, este último es el que ofrece mas recursos á las embarcaciones batidas por las tempestades. La ciudad está mal construida y es enfermiza, pero su rada puede contener fácilmente cien vageles. La ciudad, situada al Nordeste, se ve protegida por tres baluartes que la flanquean á su derecha, mientras que la garganta está defendida por una batería de siete cañones, que pueden, en caso necesario, cruzar los proyectiles con los del fuerte de Santo Domingo, el cual, provisto de treinta piezas de mayor calibre, domina á la rada entera, é infaliblemente sucumbiría toda nave enemiga que pretendiera forzar la entrada del puerto.

Con efecto, la ciudad no tenia nada que temer, y sin embargo la sobrecogia un pánico general, seis semanas despues de los acontecimientos espresados mas arriba, porque acababa de distinguirse un buque, é inquietados acerca de las intenciones de esta embarcacion, los habitantes hablaban sobre el asunto con cierto misterio...; temian aun tal vez el regreso de la dominacion española... porque á pesar de los tratados de comercio firmados con la Gran Bretaña, y de la llegada del encargado de negocios de Lóndres, que habia reconocido la república de Méjico, el gobierno no tenia ni un navío á su disposicion para proteger sus costas.

De cualquier modo que fuese, esta embarcacion que se distinguia, era de un atrevido aventurero, pues los vientos nortes que soplan desde el equinoccio de otoño hasta la primavera, debian tomar la medida de sus relingas. Pero los habitantes de Acapulco se tranquilizaron respecto á las intenciones pacíficas del buque, y quedaron sorprendidos cuando vieron un precioso brick que enarbolaba la bandera de la independencia mejicana.

Cuando hubo llegado á un medio tiro de cañon del puerto, *La Constancia*, cuyo nombre se leia en el cuadro de popa, ancló de repente; sus velas se hizaron sobre sus vergas, y una lancha acostó pronto al puerto. Martinez salió de ella y se dirigió al departamento del gobernador, á quien enteró de las circunstancias que le conducian allí. Aquel aprobó la resolucion que habia tomado el teniente de pasar á Méjico para obtener del general Guadalupe Victoria, presidente de la república, la ratificacion de la venta y compra. Apenas se propagó esta noticia por la ciudad, cuando sus habitantes dieron señales inequívocas de la mas grande alegría; toda la poblacion vino á contemplar la primera nave mejicana, y vió en su posesion una prueba de la indisciplina española, y un medio de triunfar prontamente.

Martinez volvió á bordo; algunas horas despues el brick *La Constancia* estaba amarrado con dos anclas á la gira en el puerto, y su tripulacion albergando entre los habitantes de Acapulco.

Solamente cuando Martinez llamó á sus gentes, Pablo y Jacobo habian desaparecido...

La cordillera, al penetrar en la antigua intendencia de Méjico, toma el nombre de *Sierra Madre*, y las ciudades de San Miguel y de Guanajato, dividiéndose en tres partes, va á perderse á los cincuenta y siete grados de latitud Norte.

El camino de Acapulco á Méjico, ofrece puntos de vista y un sistema de vegetacion particular y nuevo, de cuya circunstancia se ocupaban ó no se ocupaban dos viajeros que caminaban juntos algunos dias despues de haber anclado el brick *La Constancia*.

Eran los traidores Martinez y José. El gaviero conocia el

camino, pues habia atravesado muchas veces las montañas de la Anahuac; por esta razon el guia indio que les habia propuesto su servicio, fué rebusado, y montados sobre dos buenos caballos, los dos aventureros se dirigian á la capital de Méjico.

Despues de dos horas de un trote bastante rápido, que los habia impedido hablarse, los dos ginetes se detuvieron.

—Al paso, teniente, dijo José sofocado; ¡Santa Maria me valga! Mejor quisiera cabalgar en el sobrejuanete de proa durante las cabezadas del Nor-oeste.

—Aligeremos, respondió Martinez; ¿conoces tú el camino?

—Como vos el de Cádiz á Vera-Cruz; y no tendremos, ni las tempestades del golfo, ni las barras de Taspan ó de Santander para romper nuestras cábalas... Pero andemos al paso.

—¡Mas aprisa! dijo Martinez espoleando su caballo; tengo miedo por la desaparicion de Pablo y Jacobo... Tal vez quieran solos aprovecharse de la venta de los buques.

—¡Santiago! ¿Y el oro que se nos debe?

—¿Cuántos dias de marcha?

—Cuatro ó cinco, teniente... un paseo... Pero caminaremos al paso; veis bien que el terreno hace cuesta.

Con efecto, se hacian sentir la primeras ondulaciones de las montañas.

—Nuestros caballos carecen de herraduras, dijo el gaviero deteniéndose, y su pezuña se usa pronto sobre estas rocas de granito. A pesar de todo no es mal terreno... hay oro debajo, y no es ciertamente porque lo despreciemos por lo que marchamos encima.

Los viajeros habian llegado á una pequeña eminencia sombreada de grandes palmeras de abanico y de otros árboles originarios de Méjico: á sus pies se veia una estensa llanura cultivada; toda la abuntante vegetacion de las tierras cálidas se ofrecia á sus ojos. A la izquierda un bosque de acojú cortaba al paisaje su buena é inmóvil soledad. Cañaberales de azúcar hermosaban la estensa campiña, y magníficas recolecciones de algodón agitaban sin ruido sus penachos de seda gris.

Esta bella naturaleza parecia animarse y reir bajo los ardientes rayos que derramaba á torrentes el sol de los trópicos, aun cuando el insoportable calor originaba á aquellos desgraciados habitantes el vómito negro de la fiebre amarilla. Asi, durante la calma del Océano, estas campiñas, inanimadas y desiertas, permanecian sin movimiento y sin ruido de ninguna especie.

—¿Cómo se llama este cono inmenso que rompe el horizonte? preguntó Martinez.

—El cerro de la Brea, un pico muy elevado, respondió desdeñosamente el gaviero.

Era la primera salida importante de la inmensa cadena de las cordilleras.

—Apresuremos el paso, dijo Martinez dando ejemplo; nuestros caballos, procedentes de las haciendas de Méjico, en sus largas carreras han acostumbrado su paso á estas desigualdades de terreno; aprovechémonos de la pendiente del camino, y salgamos pronto de estas inmensas soledades.

—¿Tiene tal vez Martinez remordimientos?

—¡Remordimientos!... no... pero quiero saber si las mejicanas esconden sus lindas caras bajo los rebozos de seda azul y blanca.

—¡Adelante! dijo José al mismo tiempo que entonaba una canción popular. Martínez guardó un silencio absoluto, y marcharon á un trote rápido.

Llegaron al cerro de Brea, el que atravesaron por senderos muy pendientes; pero no habían llegado todavía á los precipicios insondables de los conos de la Sierra Madre; en la vertiente opuesta se detuvieron para descansar un rato, y para refrescar á los caballos en uno de aquellos raros manantiales de un camino tan seco.

El viage no los había aun llevado á lo interior del país para observar los cambios de vegetación y de temperatura de las zonas menos ardientes.

El sol iba á desaparecer en el horizonte, cuando el teniente y su compañero llegaron á la aldea de Cigualan, que consistía en algunas chozas habitadas por indios pobres, de aquellos que se llaman *mauros*, agricultores. Los indígenas, sedentarios, generalmente perezosos y cobardes, no tienen mas que reunir las riquezas de la tierra, y los indios del Norte, los travos, los nómadas que viven del robo y la rapiña, no tienen nunca habitación fija para descansar.

Los españoles no recibieron en esta aldea mas que una mediana hospitalidad; los indios vieron en ellos á sus an-

tiguos opresores, y se hallaban poco dispuestos á serles útiles.

Por otra parte, acababan de atravesar la aldea dos aventureros, y les habían tomado el poco alimento de que podían disponer, y los españoles no se cuidaron de esta circunstancia...

Se cobijaron bajo una especie de casucha ruinosa y prepararon para su comida una cabeza de carnero cocida. Después de haber abierto un agujero en el suelo y de haberle llenado de leña encendida y de piedras á propósito para conservar el calor, dejaron que se consumieran las materias combustibles; luego, sin preparación de ninguna especie, depositaron sobre las cenizas la carne rodeada de yerbas aromáticas y lo cubrieron todo herméticamente con ramas de árboles. Algun tiempo después la cocion estaba en su punto y se pusieron á comer: terminado el frugal banquete, se tendieron los viajeros sobre el suelo con el cuchillo en la mano y se quedaron dormidos.

Sin embargo, Martínez tuvo un sueño muy agitado. ¿Por qué han desaparecido Pablo y Jacobo?

(Se concluirá.)



Vertientes del Anahuac.—Cordillera de montañas en Méjico.